



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

SEGUNDO PERÍODO DE LA XLVIII LEGISLATURA

9.ª SESIÓN

PRESIDE

EL SEÑOR RAÚL SENDIC
PresidenteACTÚAN EN SECRETARÍA: LOS TITULARES, JOSÉ PEDRO MONTERO Y VIRGINIA ORTIZ,
Y LOS SECRETARIOS HEBERT PAGUAS Y JUAN SPINOGLIO

SUMARIO

	Páginas		Páginas
1) Texto de la citación.....	96	4) Homenaje al general Líber Seregni, con motivo de conmemorarse el centenario de su nacimiento.....	96
2) Asistencia.....	96		
3) Régimen de trabajo de las comisiones durante el receso parlamentario.....	96	– Manifestaciones de varios señores legisladores.	
– Por moción de los señores legisladores Amorín, Heber, Michelini y Mieres, la Asamblea General resuelve autorizar a todas las comisiones a reunirse durante el receso parlamentario.		– La Presidencia remitirá la versión taquigráfica de las palabras vertidas en este homenaje a la familia del general Seregni y a la fuerza política Frente Amplio.	
		5) Levantamiento de la sesión.....	117

1) TEXTO DE LA CITACIÓN

«Montevideo, 8 de diciembre de 2016

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión extraordinaria el próximo martes 13 de diciembre, a las 11:00, a fin de rendir homenaje al general Líber Seregni, con motivo de conmemorarse el centenario de su nacimiento.

Virginia Ortiz
Secretaria

José Pedro Montero
Secretario».

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores **Ernesto Agazzi, Verónica Alonso, José Amorín, Beatriz Argimón, Carol Aviaga, Patricia Ayala, Guillermo Besozzi, Pedro Bordaberry, Carlos Camy, Marcos Carámbula, José Carlos Cardoso, Germán Coutinho, Leonardo de León, Zulimar Ferreira, Javier García, Luis Alberto Heber, Jorge Larrañaga, Rubén Martínez Huelmo, Graciela Matiaude, Rafael Michelini, Pablo Mieres, Constanza Moreira, José Mujica, Marcos Otheguy, Daniela Payssé, Enrique Pintado, Jorge Saravia, Lucía Topolansky, Daisy Tourné y Mónica Xavier;** y los señores representantes **Pablo Abdala, Fernando Amado, Gerardo Amarilla, Raúl Amaro, Sebastián Andújar, Saúl Aristimuño, Elisabeth Arrieta, Alfredo Asti, Mario Ayala, Ruben Bacigalupe, Gabriela Barreiro, Julio Battistoni, Cecilia Bottino, Daniel Caggiani, Felipe Carballo, Germán Cardoso, Armando Castaingdebat, Roberto Chiazaro, Gonzalo Civila, Catalina Correa, Beatriz Costa, Álvaro Dastugue, Walter de León, Darcy de los Santos, Óscar de los Santos, Cecilia Eguiluz, Miguel Estévez, Wilson Ezquerro, Guillermo Facello, Lilián Galán, Luis Gallo Cantera, Jorge Gandini, Mario García, Macarena Gelman, Pablo González, Rodrigo Goñi Reyes, Oscar Groba, Benjamín Irazábal, Omar Lafluf, Nelson Larzábal, Agapito Leal, Martín Lema, José Carlos Mahía, Walter Martínez, Constante Mendiondo, Jorge Meroni, Sergio Mier, Edgardo Dionisio Mier Estades, Gonzalo Mujica, Manuela Mutti, Amín Niffouri, Gonzalo Novales, Gerardo Núñez, Juan José Olaizola, Nicolás Olivera, Ope Pasquet, Mariela Pelegrín, Adrián Peña, Estela Pereyra, Delfino Piñeiro, Iván Posada, Jorge Pozzi, Luis Puig, Daniel Radío, Valentina Rapela, Nibia Reisch, Elizabeth Rettich, Carlos Reutor, Silvio Ríos Ferreira, César Rodríguez, Conrado Rodríguez, Gloria Rodríguez, Nelson Rodríguez Servetto, Edmundo Roselli, Juan Federico Ruiz Brito, Sebastián Sabini, Alejandro Sánchez, Berta Sanseverino, Mercedes Santalla, Washington Silvera, Martín Tierno, Jaime Mario Trobo, Alejo Umpiérrez, Javier Umpiérrez, Carlos Varela Nestier, Walter Verri,**

Stella Viel, Tabaré Viera, José Francisco Yurramendi y Antonio Zoulamián.

FALTAN: con licencia los señores senadores **Daniel Bianchi, Álvaro Delgado, Luis Lacalle Pou e Ivonne Passada;** y los señores representantes **Alfredo Fratti, Orquídea Minetti, Susana Montaner, Gustavo Penadés, Susana Pereyra, Darío Pérez, Daniel Placeres, Carlos Rodríguez Gálvez, Eduardo José Rubio y Heriberto Sosa;** con aviso, los señores representantes **José Andrés Arocena, Graciela Bianchi, Pablo Iturralde Viñas, Enzo Malán, Daniel Peña Fernández, Alberto Perdomo Gamarra, José Querejeta y Edgardo Rodríguez.**

3) RÉGIMEN DE TRABAJO DE LAS COMISIONES DURANTE EL RECESO PARLAMENTARIO

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Son las 11:28).

—Léase una moción llegada a la Mesa.

(Se lee).

SEÑOR SECRETARIO (José Pedro Montero).- «Mocionamos para que, de conformidad con lo establecido en el artículo 114 del Reglamento del Cuerpo, se autorice a todas las comisiones a reunirse durante el receso parlamentario». *(Firman los señores legisladores Amorín, Heber, Michelini y Mieres).*

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar.

(Se vota).

—100 en 102. **Afirmativa.**

4) HOMENAJE AL GENERAL LÍBER SEREGNI, CON MOTIVO DE CONMEMORARSE EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

SEÑOR PRESIDENTE.- La Asamblea General ha sido convocada para rendir homenaje al general Líber Seregni, con motivo de conmemorarse el centenario de su nacimiento.

Nos honran con su presencia el señor presidente de la república, doctor Tabaré Vázquez —quien por motivos de agenda deberá abandonar la sala en algunos minutos—; el expresidente de la república, doctor Luis Alberto Lacalle; dirigentes políticos; ministros de Estado; representantes del Gobierno y del cuerpo diplomático.

Para iniciar la parte oratoria, sin más trámite cedemos el uso de la palabra al señor legislador Carámbula.

SEÑOR CARÁMBULA.- Saludo al señor presidente de la república, compañero Tabaré Vázquez; a los expresidentes, señores Lacalle y Mujica; a los ministros; a las autoridades nacionales; al presidente de nuestra fuerza política, señor Javier Miranda, y a los representantes del cuerpo diplomático.

Vaya el agradecimiento a mi fuerza política, que me concedió el honor de abrir este homenaje con motivo de conmemorarse el centenario del nacimiento del general Seregni.

Tal como lo establece el prólogo –a cargo del doctor Tabaré Vázquez– de la colección de obras dedicadas al general Seregni, sus discursos e intervenciones, rendimos este homenaje como un compromiso democrático con una visión de proyecto nacional y, a su vez, con su firme raigambre artiguista.

Decía Gerardo Caetano: «Si algo caracteriza a Seregni es el fuerte sentido de historia que lo habitaba, su terca voluntad de querer ir siempre más lejos, su paciencia de esperar la mañana siguiente, su concepción estratégica, su concepción táctica pero, fundamentalmente, su irrenunciable esperanza».

Sin duda, todos aquí podemos coincidir en que el general Seregni fue un protagonista principalísimo del proceso contemporáneo de nuestro pueblo, de la segunda mitad del siglo xx, con su característico sentido de historia, su sabiduría y esa convicción propia de que los legados de cada vida no empiezan ni terminan con cada uno.

Rescatemos, en primer lugar, su firme convicción artiguista, que lo caracterizó a lo largo de toda su vida.

Ya el 25 de agosto de 1955, en el acto oficial en Florida, en su discurso como teniente coronel hablaba de nuestro compromiso, nuestras metas y nuestros desvelos. De allí surgió la patria con contornos casi milagrosos, como rara expresión de una voluntad de definición democrática, como algo que pareciera intuitivo si no fuera fruto del ejercicio del derecho popular bebido en las propias fuentes artiguistas, en la soberanía particular de los pueblos.

Decía Seregni: «Es el espíritu del conductor genial, el pensamiento del precursor iluminado que asoma eterno en los actos de sus hijos». Allí afirma una concepción que será su vida: ejército y pueblo se empecinan conjunta y afanosamente en la labor común; actúan firmes y decididos como verdaderos soberanos de sus respectivos dominios.

Quiero rescatar aquí un hecho particular de su vida, como fue –y es– el compromiso demostrado en las inundaciones de 1959, como jefe de aquella respuesta nacional a una situación impensada y grave.

De aquel discurso rescato, desde siempre, la fidelidad a los principios democráticos de nuestros primeros

soldados, que el general Seregni honró a lo largo de toda su vida.

Cuando nace la fuerza política que hoy representamos, al final de sus palabras Seregni dice: «Padre Artigas, aquí está otra vez tu pueblo; te invoca con emoción y con devoción, y bajo tu primera bandera, rodeando tu estatua, este pueblo te dice otra vez, como en la Patria Vieja, ¡padre Artigas, guíanos!».

Hoy, cuando celebramos –como él quería– el cumpleaños del general, quiero recordar otros cumpleaños y su propia expresión. En la cárcel, donde permaneció más de diez años, lo vivíamos entre todos en el sexto piso con un especial culto de amistad, compañerismo y solidaridad, como forma de seguir siendo, cada uno de nosotros, uno mismo, y también un conjunto.

«Nos festejábamos el cumpleaños –dice Seregni– tremendos grandotes como éramos, pero era siempre un acto de la mejor militancia, pertenencia, y una síntesis por venerar, fundamentalmente, nuestro compromiso y nuestra razón de ser».

Desde la cárcel el general Seregni, en su hombría de bien, pese a que fue humillado, maltratado y tuvo que soportar vejámenes que nunca expresó públicamente, mantuvo permanentemente su dignidad. Y cuando le preguntan: «¿Qué le deja eso?», responde: «Sobre todo una cosa: el conocimiento de mí mismo. Cuando uno pasa períodos muy largos solo, encerrado en un cuarto, vive para el lado de adentro y así aprende a conocerse mejor. La prisión tiende a destruir al hombre física y mentalmente y a eso hay que oponerse poniendo en juego todo lo que uno tiene adentro».

Luego, la periodista la pregunta: «¿Recuerda con rencor?». Y Seregni responde: «No, justamente esa posibilidad de pensar me hizo eliminar todo tipo de odio. A partir de tomar conciencia de una realidad y qué es lo que vale en la vida, yo tenía esperanza en el futuro y el futuro no se construye con odio y revanchas, sino con alegría».

Le preguntan: «¿Para eso tuvo que olvidar?». Responde: «No, ¿cómo voy a olvidar? Yo no pude gozar de mis nietas. Estuve diez años lejos de Lili. Yo no olvido, pero no odio. Solo quedó una visión del pasado que me hace decir “Nunca más”. No podemos permitir algo como aquello nunca más».

Pero el general, desde la cárcel, mantuvo permanentemente activa su solidaridad con sus compañeros de prisión, con su familia a través de cartas memorables, y siempre con la preocupación por la política, por la democracia, por la libertad, por su fuerza política. En el voto por el NO a la reforma constitucional que impulsaban los militares, en el voto en blanco que afirmaba las corrientes democráticas en las elecciones internas de 1982, desde la cárcel el

general jugó un rol fundamental. Desde allí él decía: «Al final del camino una luz puntual nos espera».

Son varios los oradores de todos los partidos políticos que van a hacer uso de la palabra, pero en estas breves frases quiero referirme a la recordada salida del general Seregni. Salió con la voz de la paz y dijo: «Somos una fuerza pacificadora; somos constructores de futuro». Pero no se quedó solo en aquella expresión tan maravillosa desde su apartamento en los dos bulevares, frente a miles de jóvenes y veteranos que lo rodeábamos, sino que desde ese lugar planteó para el país una línea de concertación, de movilización, de negociación en torno a cómo salir de la Dictadura e ir hacia adelante.

Fue un artífice permanente del diálogo entre las fuerzas democráticas. Decía que había que ejercitar la memoria, y que, si bien había habido un 1984, antes hubo un 1983, que es la memoria de la sociedad uruguaya y hace a su identidad, ayuda a comprender su idiosincrasia y es base de su cultura.

Recordemos el formidable NO al intento de la reforma constitucional liberticida; el año 1982 con un amplio triunfo de los sectores democráticos, incluido el voto en blanco; el año 1983 con las movilizaciones estudiantiles, sindicales, de los trabajadores, de las distintas organizaciones que se expresaban, que culminaron en la fabulosa expresión que fue el Río de Libertad, allá por noviembre, en el Parque de Los Aliados.

Sin duda una de las grandes características del general Seregni fue su compromiso artiguista, su compromiso democrático y su compromiso de proyecto nacional, que buscó a la salida de la Dictadura y continuó en cada una de las instancias, generando lo que él llamaba «espacios para las políticas de estado»: espacios para una política de reforma del Estado o de la Constitución, o de grandes temas como la energía, la soberanía, el conocimiento, la innovación y la tecnología.

Fue, sin duda, un adelantado en pregonar con su propio ejemplo el diálogo, el compromiso y la búsqueda de acuerdos nacionales.

Naturalmente, en este homenaje que le estamos rindiendo al general, debemos hablar de nuestra fuerza política.

Allá por octubre de 1970, cuando empieza a dar pasos hacia un compromiso político, una vez que hubo renunciado a las obligaciones de su carrera militar, decía: «El sentido de la fuerza política a crear es trascendente y de carácter histórico. Resulta necesario consolidar el programa y la lucha de esa fuerza porque su accionar político es, sin duda, fundamental para sacar adelante el país. De ninguna manera puede concebírsela como el simple montaje de un aparato electoral. El Uruguay –decía en 1970– no termina en 1971. La tarea es histórica, trascendente, porque lo que

hay que construir es el futuro. Cuando hay un rumbo definido y un pueblo que lo recorre animado de la voluntad de construir su destino, cuando existe conciencia nacional y mística para impulsar grandes obras, no hay obstáculo que ese pueblo no pueda vencer. Tenemos que trazar el camino y seguirlo, y eso solo será posible si recreamos la mística y la conciencia que hizo posible el éxodo del pueblo oriental». Una vez más su referencia artiguista.

Y continuaba: «La nueva fuerza deberá señalar claramente hacia dónde va y tener confianza en que todos seremos capaces del sacrificio necesario». ¡Vaya si ese sacrificio estuvo presente!

Agregaba: «Estoy consustanciado con el Frente Amplio y con el pueblo de mi país. Del pueblo provengo; es mi país, es mi pueblo el que me permitió realizarme como hombre, como militar y como ciudadano y a él me debo. Por eso nuestro compromiso aquí, ante ustedes, de entregar todas nuestras energías, nuestras posibilidades para la causa del Frente, que es la del pueblo oriental; y es el pueblo oriental el que emprende el camino hacia su futuro».

Se abrió, sin duda, una etapa histórica que él resume así: «Recorremos la historia en un hilo conductor que atraviesa los años, los episodios, los avatares del pasado, y se expresa en incontables luchas, en el desarrollo, en la maduración de la idea de la unidad del pueblo, en la profundización del análisis económico, social y político del país, en la progresiva coincidencia de organizaciones y grupos políticos, en la esforzada construcción de la unidad sindical, en las interminables y fecundas batallas ideológicas que crecen en la solidaridad con los pueblos que luchan por su libertad y por su soberanía». Y señala, particularmente, que «se fortifica con el impulso inteligente y porfiado de decenas y centenares de dirigentes, mujeres y hombres de valor singular que dieron forma y persistencia a las ideas que coadyuvieron a acelerar la historia, con su aporte teórico, con su rebeldía, con su honestidad y con su dignidad. Este enorme caudal de fuerzas y esfuerzos, de sufrimientos y sacrificios, de victorias y derrotas, de ideas y acciones, es nuestro patrimonio, es nuestro pasado, es nuestro antecedente, es la parte viva y fecunda de un verdadero proceso de gestación».

Seregni es Seregni y sus circunstancias; es Seregni –como él mismo lo decía– y las formidables personalidades: Michelini, Roballo, Trías, Cardoso, Arismendi, Juan Pablo Terra, Luis Pedro Bonavita; y, en el tiempo –también lo decía él–, Raúl Sendic y Erro; y son los partidos socialista, comunista, demócrata-cristiano y otros que venían de los partidos tradicionales, los que generaron esa circunstancia histórica del nacimiento de nuestra fuerza política.

Sin duda, señor presidente, podríamos vernos tentados a señalar cada una de las instancias en que, como a muchos de nosotros, nos marcó esa cercanía con el general Seregni. Voy a mencionar algunas: el 5 de febrero del

1971, cuando muy cerca de aquí nacía el Frente Amplio; aquella primera gira de coraje, de templanza, de serenidad, de frialdad ante intentos de asesinato, ante todo tipo de provocaciones; o el 26 de marzo de 1971 cuando, como relataba en el prólogo el doctor Tabaré Vázquez, tantos hombres y tantas mujeres jóvenes sentimos aquel nacimiento formidable y, al decir del profesor Crottogini, el plebiscito de la esperanza. También quiero mencionar la carta del voto en blanco, que salió desde la cárcel y que Germán Araújo, otro gigante en la lucha contra la Dictadura, difundió y muchos acompañamos. Recuerdo que a la salida de la Dictadura, desde la presidencia nuestra fuerza política orientó a la bancada de senadores y diputados y, fundamentalmente, buscó los consensos que se expresaron en la Concertación Nacional Programática; recuerdo la consulta, la orientación permanente, la indicación y los últimos tiempos en su Costa Azul tan querida –donde en estos días se lo recuerda–, convocando una y otra vez a personas y personalidades de todos los partidos, a los jóvenes, a los militantes de a pie, en el patio, en el fondo, en la pesca, en la playa, generando siempre instancias fundamentales de diálogo. Pero lo más importante es que en esa historia, que es compromiso vital de muchos de los aquí presentes, el general nos interroga, nos cuestiona, desde la unidad misma del Frente Amplio, desde su concepción del Frente Amplio que, según él decía, son sus dirigentes y sus militantes; fundado y vuelto a fundar, una y otra vez, nos sigue comprometiendo hacia el futuro. Él decía: «No sé si soy optimista. Soy alguien a quien mueve la esperanza. No concibo la vida sin buscar los caminos para un mejor futuro. Debemos pensar políticas de Estado, un proyecto nacional compartido por las grandes mayorías nacionales, un modelo económico más justo, más humano, participativo, solidario, comprensible y que sea parte de la misma vida del pueblo, viable. La revolución de los factores morales como un nuevo renacimiento en el cual todo camino al desarrollo y a la revolución en el sentido progresista que queremos emprender debe reconocer como condición *sine qua non* la revolución de los factores morales». ¡Vaya, señor presidente, si esto tiene una enorme vigencia!

Termino con sus mismas palabras en el paraninfo de la universidad. Decía Seregni: «No es fácil recibir un homenaje en persona. No es fácil. Intenté ser en mi vida fiel a mí mismo, coherente en el marco de principios éticos elementales, en la defensa de la libertad y la democracia, en el respeto irrestricto de la Constitución y de la ley. Pero, mis amigos, todo lo que hice, lo bueno y lo malo, lo acertado y lo erróneo, fue a plena conciencia. Traté de perseguir el paradigma de decir lo que se piensa y hacer lo que se dice. A veces pude hacerlo, otras veces no, porque yo también sentí el dilema que planteaba Weber de la posible oposición entre la ética de las convicciones y la ética de las responsabilidades». Enumera el 1983 que ya mencionamos y los movimientos estudiantiles: se habrá perdido el miedo al miedo, habrá vencido la esperanza, habrá vencido ante el terror y una contracultura el imperio de que podemos cambiar y superar la barrera, la debilidad y el frío de lo individual, y alcanzar la fuerza y la calidez de lo colectivo.

¡Vaya si tendrá vigencia! Recrear la solidaridad, la confianza, la lealtad superior, la dignidad humana en el máximo sentido y, sobre todas las cosas, recuperar el sentido de la vida, recuperar el valor del amor como fundamento de la relación humana, recuperar los valores éticos y sociales; saber que esa reconquista será posible si la lucha es de todos, para salir entre todos. Citando a aquella maestra, decía el general: «Maestrita de Treinta y Tres, unir mil miedos para formar un solo coraje. Amo la vida, me gusta vivir». Se inspiraba, cuando le preguntaban, en la letra de *Utopía* de Juan Manuel Serrat. «Hay utopía incorregible que no tiene bastante con lo posible; hay utopía que levanta huracanes de rebeldía; hay utopía, cabalgadura que nos vuelve gigantes en miniatura; hay utopía que alumbra los candiles del nuevo día».

Señor presidente: ese día en el paraninfo de la universidad, Seregni pidió salir por la puerta grande de ese recinto tan emblemático de nuestra historia. Y salió por la puerta grande del brazo de Lili y aquí mi homenaje a esa gran figura que fue Lili Lerena de Seregni. Ambos conformaron una personalidad formidable en la segunda mitad del siglo XX y alumbraron el futuro del siglo XXI.

Quiero terminar con una imagen que me parece muy representativa y que veíamos hace pocos días. Seregni, que murió sin ver el triunfo de su fuerza política, en los ojos de Lili vio un nuevo alumbrar.

Muchas gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con el homenaje, tiene la palabra el señor legislador Bordaberry.

SEÑOR BORDABERRY.- Señor presidente, señor presidente de la república, señor expresidente, señores ministros, señores legisladores: desde la bancada del Partido Colorado quiero comenzar este homenaje al general Líber Seregni, en el centenario de su nacimiento, transmitiendo mi respetuoso saludo a sus familiares hoy acá presentes, a sus amigos, a sus compañeros de lucha partidaria y a las autoridades del Frente Amplio.

Los detalles biográficos de la personalidad de Líber Seregni son ampliamente conocidos y han sido destacados con acierto por el señor legislador Carámbula, que me precedió en el uso de la palabra. Por lo tanto, como senador del Partido Colorado y en lo personal, quiero señalar algunos aspectos de su trayectoria y conducta.

Hoy la Asamblea General está recordando y homenajeando a un ciudadano que durante casi medio siglo de nuestra existencia como república tuvo una participación pública muy destacada. Casi medio siglo de actividad política en un país de casi doscientos años de existencia de por sí nos está señalando que hablamos de alguien que con su conducta y con su acción se mantuvo siempre vigente. Su

vida estuvo enmarcada, sin duda, por tres grandes amores muy especiales: su profesión de militar, el gran amor por su familia, conformada junto a la señora Lili Lerena y sus hijas, así como su compromiso con el progreso de la sociedad uruguaya, que se tradujo en una vocación por la cuestión política que lo llevó a ser piedra angular de la construcción del partido que hoy gobierna en el país: el Frente Amplio.

Líber Seregni fue una persona íntegra, cuya trayectoria de vida está enmarcada por una conducta que nunca admitió dobleces de oportunidad frente a la adversidad o circunstancias del momento. Su conducta la sintetizaba él mismo cuando afirmaba: «Siempre he perseguido el paradigma de decir lo que se piensa y hacer lo que se dice».

Seregni fue militar; llegó a ejercer, tal como acá se ha dicho, distintas responsabilidades profesionales, hasta llegar al generalato en 1963. Esa profesión, que siempre reivindicó, incluso luego de pasar tremendas pruebas personales, lo acercó al pensamiento estratégico, a la lógica del gran organizador que sabe discriminar lo táctico de lo estratégico a la hora de la toma de decisiones que lo tuvieron como protagonista en muchas circunstancias del país.

Hablar de Seregni es recordar a un ciudadano en acción, a un ciudadano que tomaba decisiones y llevaba adelante las acciones necesarias para cumplir con el objetivo previsto. El señor legislador Carámbula citaba su accionar en las inundaciones de 1959. El entonces jefe del Estado Mayor, general Magnani, recibió la orden de ir hasta Paso de los Toros para relevar la emergencia que se estaba viviendo y el entonces coronel Seregni no se pudo contener frente al comandante de la época y expresó: «Yo también voy, mi general». Pues bien, allá partió Seregni y terminó transformándose en un elemento fundamental para enfrentar esa catástrofe.

El general Seregni provenía de un hogar colorado y tenía amistad con los jóvenes que rodeaban a Luis Batlle Berres: Manuel Flores Mora, Amílcar Vasconcellos, Alba Roballo y Zelmar Michelini. Finalmente, Seregni se inclinó por la construcción de una nueva opción política que en 1971 lo impulsará como candidato a la presidencia de la república: la coalición Frente Amplio.

El país vivía los duros enfrentamientos políticos de la década de los sesenta, que terminaron instalando la violencia política en el país con una dureza desconocida. En ese escenario polarizado y con poco más de 50 años, se incorporó como protagonista político principalísimo, para algunos tardíamente y para otros, no.

En ese país donde se desencadenaba la violencia política, el general Seregni se mostró, más allá de opiniones políticas coyunturales, como un elemento pacificador que buscó dar caminos institucionales a la actividad política de la época, lo que lo caracterizó hasta el final de su vida. Su defensa de la institucionalidad del país lo llevó a sufrir

la prisión por casi diez años y medio, en los cuales siempre se mantuvo activo como analista y protagonista relevante de la situación política.

Son por todos conocidos su total convicción respecto al triunfo del NO en 1980, su férrea certidumbre respecto a la necesidad de que su fuerza política estuviera presente en las elecciones de 1982 con el voto en blanco y su compromiso con una salida democrática y pacífica, como fue el Pacto del Club Naval de 1984.

Si tuviéramos que definir una característica más del general Seregni como político, creo que la de negociador le cabe como pocas. Este elemento característico de su personalidad se vio en toda su trayectoria de vida acompañado por un espíritu noble y, como expresara el señor legislador Carámbula, sin resentimientos. Del general Seregni se pueden decir muchas cosas, pero no podemos dejar de señalar que nunca tuvo lugar para rencores o resentimientos que pudieran opacar la acción pública que realizaba.

Debemos destacar las palabras que pronunció en 1984 al ser liberado porque creo que son un ejemplo para todos. Seregni dijo: «Ni una sola palabra negativa ni una sola consigna negativa. Fuimos, somos y seremos una fuerza constructora, obreros de la construcción de la patria del futuro. Solo quiero repetirles ahora mi tremenda emoción de este momento».

Para nosotros, los colorados, recordar al general Seregni es rememorar su papel fundamental en las negociaciones que permitieron el retorno del país a la democracia. Seguramente sin su inteligencia, su paciencia, su firmeza y su generosidad, el Pacto del Club Naval no hubiese sido posible y sin el Cambio en Paz de una transición pacífica a la democracia tal vez se hubiesen vivido los sinsabores que lamentablemente sufrieron otros países de la región.

Al retorno de la democracia, el entonces presidente Julio María Sanguinetti se impuso como una de sus principales metas volver a posicionar al país en el escenario internacional y para esa tarea contó con la generosa colaboración del general Seregni. Como presidente del Frente Amplio participó en distintas delegaciones nacionales que mostraron al mundo un país con una política internacional de Estado apoyada por todo el abanico democrático del país.

En la vida del político hay un momento en que deja de ser percibido como integrante de una colectividad y pasa a ser visto como alguien de todos los nacionales. Normalmente eso se da cuando fallece o deja de ser candidato; en ese momento sus adversarios y quienes no lo votan dejan de verlo como un competidor, y la distancia de la competencia logra darle a la persona su real dimensión. Eso sucede cuando se tiene la grandeza de ensanchar, elevar su mira y hablarle a todo el país. Eso fue lo que hizo Líber Seregni a finales de los años noventa: impulsó la creación

del Centro de Estudios Estratégicos 1815 procurando generar ámbitos de consenso interpartidario que permitieran analizar estrategias de desarrollo de carácter sectorial y nacional. Para el estrategia la visión de largo plazo siempre fue una constante. Por ese motivo Seregni impulsó este centro de reflexión como una contribución a la elaboración de un proyecto de país progresista para el siglo XXI, de carácter nacional, popular y democrático. Durante el año 2001, este realizó una serie de eventos buscando construir un proyecto de Agenda Uruguay.

Me tocó conocerle personalmente en esos años y pude comprobar que con su impulso y sabiduría se sucedieron distintas jornadas de reflexión sobre energía, servicios públicos, telecomunicaciones, educación para la sociedad del conocimiento y salud. Se involucró en ellas a técnicos y referentes de todo el arco político nacional para consensuar políticas de Estado que procuraran una sustentabilidad lo más amplia posible por parte del sistema político uruguayo.

De esa manera, logró involucrar en esas reflexiones a los expresidentes Julio María Sanguinetti y Luis Alberto Lacalle, a técnicos, decisores y políticos de la jerarquía de Mario Bergara, Walter Cancela, Rosario Medero, Rafael Guarga, Carlos Viera, Ruperto Long, Fernando Pérez Tabó, Ariel Davrieux, Danilo Astori, Leonardo Costa, Luis Alberto Heber, José Serrato, Ronald Pais, Alejandro Atchugarry y al mismísimo presidente de la república de entonces, doctor Jorge Batlle.

En ese momento, el general Seregni realizaba uno de sus últimos grandes aportes al país –no el único– en momentos en que el país vivía incertidumbres y se tornaba necesario como nunca tener una mirada estratégica sobre los principales desafíos que debía afrontar.

Para finalizar, me permito recordar cómo saludaba ese esfuerzo el expresidente Jorge Batlle. Decía: «Antes de retirarme, como esta es la última reunión colectiva que el señor general Seregni y sus colaboradores han organizado, yo quisiera en nombre del Gobierno de la república, y creo que puedo decirlo también en nombre de todos los uruguayos, agradecerle todo el esfuerzo que se ha hecho.

Pienso que ha sido una cosa esta de este ciclo en donde se debaten ideas, en donde no siempre todos estamos de acuerdo con las expresiones y puntos de vista de cada uno de los participantes en todos los temas, algo que le ha hecho mucho bien a la sociedad uruguaya.

Ya en su oportunidad dije que esta es una demostración de nuestra cultura política y de nuestra civilización política, de nuestra capacidad de discrepar, de nuestra capacidad de crecer desde la discrepancia y de nuestra capacidad de mirarnos hacia dentro a todos nosotros, máxime en un momento en donde de seguro todos participamos de la idea, sentimos la certeza de las transformaciones

que distintos acontecimientos han venido operando sobre el mundo.

Yo quisiera, además de agradecerle al señor general Seregni, decirle que este tipo de cosas son las que distinguen a las naciones, y que este tipo de cosas son las que le dan valor, entre otras muchas, pero que le dan valor significativo a nuestro país, el Uruguay».

Hago mías estas palabras y me sumo al reconocimiento a quien tenía ese paradigma de decir lo que pensaba y de hacer lo que decía. Y digo, como dijo él: «Yo también voy, mi general».

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Para continuar con el homenaje, tiene la palabra el señor legislador Camy.

SEÑOR CAMY.- Señor presidente, expresidente de la república, doctor Lacalle Herrera, señores ministros de Estado, jerarquías militares, integrantes del cuerpo diplomático, señores legisladores: el alto de las luchas políticas ha sido una característica del sistema político uruguayo desde siempre.

Hoy venimos a realizar un alto para rendir un homenaje –en nuestro caso, como integrantes del Partido Nacional– a uno de los grandes hombres de la vida de este país. Nos sumamos a este homenaje en nuestra condición de nacionalistas y, particularmente, como wilsonistas. Es que estos dos grandes hombres tuvieron particularmente entrelazados sus destinos; fueron protagonistas claves del país, unidos en objetivos, y también con diferencias. Desde allí queremos referir a una figura como la del general Líber Seregni, que trasciende los muros de una fuerza política, que fue una figura nacional, que fue una figura de la república toda y que fue también –justo es reconocerlo– un orgulloso frenteamplista. Creemos que es justo que desde esa condición, también, reconozcamos en el Parlamento su aporte a la vida nacional.

El general Seregni vivirá por siempre, sin duda, en la memoria de todos los uruguayos, y así será porque su legado está vivo. Todos conocemos –aquí se han referido a eso– los grandes momentos de su biografía y sus rasgos distintivos: fundador del Frente Amplio, principal referente –indiscutible referente– de la izquierda uruguaya, preso político durante los terribles años de la dictadura militar, preso emblemático –al decir de Wilson Ferreira Aldunate– acusado y condenado injustamente por aquel infame tribunal militar. A pesar de todo, apenas liberado, fue capaz de pronunciar un discurso en el que convocaba a todo el país a redoblar la lucha, pero sin odio y sin resentimiento. Estoy convencido de que semejante petición, tamaña actitud, proviene de hombres de características extraordinarias.

La suya fue una vida de lucha y, sin embargo, no pudo lograr que su fuerza política, su querido Frente Amplio, ganara en las últimas elecciones en las que iba a participar. El destino se lo llevó en aquel invierno de 2004. Hoy sus cenizas descansan en paz junto a la estatua del general de la patria, cerquita de El Hervidero, lugar emblemático y sitio que tantas veces escuchamos al señor legislador Larrañaga definir como un lugar donde se escucha el silencio.

Señor presidente: un hombre se define por los valores que defiende. Rendir homenaje a Seregni, por tanto, es rendir homenaje a los valores que él defendió durante toda su vida. Lo defino como un hombre disciplinado e íntegro. Su brillante carrera militar da testimonio de esa disciplina que lo guio a lo largo de toda su vida. Y quiero pensar –pretendo hacerlo– que seguramente eso lo ayudó en los momentos más difíciles. Fue una disciplina guiada por la integridad, esa que tan bien definiera cuando dijo: «Traté de perseguir el paradigma de decir lo que se piensa y hacer lo que se dice». Me refiero a la integridad de la coherencia, a la integridad de la acción pero, sobre todo, a la integridad de la inteligencia, porque una cosa es decir que tenemos que garantizar la unidad en la diversidad, pero otra muy distinta es hacerlo, es poder lograrlo. Pensemos que tuvo que hacerlo en aquellos años cuando era una fuerza política incipiente, atravesada por agrupaciones políticas con ascendencias, con motivaciones, con urgencias diferentes; allí se agrupaban socialistas, comunistas, demócrata-cristianos, escindidos del Partido Nacional, del Partido Colorado y tupamaros luego. Sin embargo, Seregni no solo evitó que aquella fuerza política se desmembrara, sino que la lideró y finalmente la convirtió en un movimiento político pujante.

Fue, entonces, un constructor, un obrero de la construcción de la patria del futuro, como él solía decir. Construyó, a partir de la pluralidad ideológica de la izquierda uruguaya, la síntesis en la fuerza política que lideró. Estoy convencido de que también construyó una forma de hacer política sintetizando las diferencias y, sin oprimirlas, buscaba los consensos. Defendió sus convicciones también sabiendo que cuando la mayoría habla, se acata.

Quizá –y nuevamente recurro a ello– la formación militar le permitía tener una disciplina y una visión estratégica. Lo encuadro dentro de los no muchos dirigentes políticos de este país que andan manejando con luces largas.

Tal vez esa formación fue la que le permitió diagramar algo imposible, porque como lo dijo en una entrevista, no venía a la política para aceptar la realidad que pretendía cambiar sino que venía para luchar y, en esa lucha, intentar transformar la realidad nacional.

Esa visión de largo plazo, siempre presente en el pensamiento estratégico del general Seregni, fue quizás la que lo llevó a apoyar la reforma constitucional que instauró el balotaje, seguramente pergeñando que su fuerza política

ganara y pudiera concitar grandes mayorías. Esa misma visión de perspectiva luego lo llevó a generar el Centro de Estudios Estratégicos 1815 y, también –como se refirió anteriormente–, a reunir expertos intelectuales muy valiosos de la vida nacional. Son esas cosas que hacían de Seregni una figura particular, diferente en el sistema político nacional. Era diferente, pero bien uruguayo. Era definitivamente oriental y nuestro, porque sigue siendo bien uruguayo mirar en términos de país, pensar en términos de país y no de chacra, porque sigue siendo uruguayo pensar que el rival no es enemigo, que hay límites en la lucha política. El rival quiere ganar; el enemigo quiere negar.

El general Seregni, en su discurso pronunciado el 5 de febrero de 1996 en oportunidad de celebrarse el vigésimo quinto aniversario del Frente Amplio, en un momento señaló que esa tarde había recibido en su casa la visita del presidente del directorio del Partido Nacional, en ese entonces el doctor Volonté, quien le transmitió el saludo de nuestra colectividad política. Además, contó que lo había llamado el secretario general del Partido Colorado. Cuando realizaba esa mención, un sector del público se expresó ofensivamente; el general Seregni reaccionó y señaló: «¡Ah no, compañeros! ¡Tomemos las cosas con la altura que tienen! Estamos viviendo en una democracia. Nosotros queremos la convivencia y la democracia. Asignemos todos el valor a estos saludos recibidos». Ahí fijó un límite, que era, nada más y nada menos que el respeto. Ese era el líder del Frente Amplio.

Seregni fue, sin duda, un hombre de su tiempo. Fue el protagonista y testigo privilegiado de los horrores más extremos, tal vez, de la vida nacional, pero también de momentos importantes y –seguramente para él– maravillosos. Fueron momentos en los que pudo ver cómo todo su esfuerzo se cristalizaba en una fuerza política que, progresivamente, se iba consolidando.

Seregni fue un consagrado demócrata. Ser demócrata en una democracia puede no ser una tarea sencilla, aunque tal vez sea más fácil que serlo defendiendo una democracia o luchando por ella. Implica acceder al nivel superior de la política y hay quienes que, como Seregni, lo han alcanzado. Creo que nadie –tampoco Seregni– nace siendo demócrata; esa es una opción, y en las condiciones en que vivió Seregni, se trataba de una opción ética. Sin embargo, debo apresurarme a decir que la resistencia y la lucha del general no fueron, a mi entender, para defender una ideología o un sistema económico, sino porque el régimen le impedía decir y hacer lo que él pensaba que debía hacer o decir.

Su lucha fue, entonces, por las libertades políticas. Desde joven Seregni entendió que esas libertades políticas fundamentales pueden ser negadas en una nación capitalista o en una nación socialista, y los ejemplos sobran. Seregni entendió rápidamente que esa mezquina definición de derechas e izquierdas –en la que a veces nos vamos encorsetando, pero así funcionamos– se basa en agrupacio-

nes políticas que solo pueden funcionar en un orden donde el Parlamento es una entidad autónoma y en ningún caso dependiente del Poder Ejecutivo. Como dice el profesor Fernando Mires, cuando no hay independencia de poderes que regule las contiendas políticas, no hay izquierda ni derecha; hay simplemente partidarios de la libertad y partidarios de la tiranía. Así de simple.

Seregni fue además un auténtico humanista; por eso jamás evadió su responsabilidad ciudadana; por eso nada de lo humano le resultó ajeno, y no hay nada más humano que el miedo. Soy de la generación que nació en los años setenta y desde esa particular perspectiva, generalmente, nos formamos la opinión leyendo. Lo peor de la dictadura, decía Seregni, era que le negaba la vida y el amor. Y seguramente solo quienes la vivieron conocen la magnitud de esa tragedia. En aquel tiempo los actos de rebeldía implicaban arriesgar la propia vida, arriesgar la libertad; implicaban la prisión, el destrato, las vejaciones o hasta el destierro. Es por eso que hoy quiero recordar al general Seregni como lo que fue: un hombre sin miedo, quizás porque sabía que no hay vida plena con miedo; no hay libertad con miedo y, sobre todo, no hay democracia con miedo. Al miedo hay que enfrentarlo, hay que vencerlo, hay que doblegarlo o, como decía su maestra: «Unir mil miedos para formar un solo coraje».

Seregni también sabía que los miedos van mutando, y por eso siguió luchando contra ellos, incluso luego de recuperada la democracia. Ahora tenemos que combatir el miedo a la inseguridad ciudadana, el miedo al presente, el miedo al futuro, el miedo a la marginalidad, el miedo al desempleo, el miedo a la violencia, el miedo al terrorismo, el miedo a los cambios. A veces, pienso que Seregni combatía el miedo porque en el fondo sabía que si lo dejábamos crecer, se podía transformar en fobia, en xenofobia y en tantas otras fobias que, si no son atacadas a tiempo, pueden avanzar –tal como está ocurriendo en Europa– hacia la peor de las fobias: la fobia a la libertad. Por eso el general tenía claro que la lucha política también tenía que ser una lucha cultural.

Líber Seregni estuvo convencido de que no se podía construir un Estado de derecho y un Estado democrático si al mismo tiempo no se construía un Estado humano, ético, cultural y espiritual. Las mejores leyes y los mecanismos democráticos mejor concebidos no pueden entregar legalidad, libertad ni derechos humanos si todo eso no está garantizado por determinados valores culturales y socialmente compartidos.

Quizás la metáfora que recoge mejor su pensamiento político sea la del río. El general Seregni señalaba que hacer política es como recorrer el río en su totalidad, con sus bucles y meandros, sin perder nunca de vista su curso y el destino final; y hay que recorrerlo con esperanza, con la certeza de que al final del camino una luz puntual nos espera.

Creo que fue un hombre de ideas y de ideales, pero no de ideología. El general sabía que la ideología no es más un sistema petrificado de ideas, un sistema que niega los acontecimientos y los pliegues del río. Por eso siempre se interesó por los acontecimientos. Ante todo fue un hombre contemporáneo y por esa razón siempre se interesó por las personas reales, por los trabajadores de carne y hueso. No le importaba que lo acusaran de reaccionario. Nunca permitió que ninguna ideología secuestrara a los trabajadores para hablar en su nombre. A pesar de las dificultades, siempre defendió la dignidad de los trabajadores y no permitió que nadie los privara de la conciencia, del sentido y del valor del trabajo. Pero todas esas cosas requieren una lucha, y Seregni fue –y quiero recordarlo así– un auténtico luchador. Fue de las personas que nos enseñó el valor de la lucha, de luchar en medio de la oscuridad, en medio de la tormenta, y de luchar hasta el final.

En el paraninfo de la Universidad de la República, en su inefable testamento político, señaló lo siguiente: «Tengo plena conciencia de que cuando uno abandona la vida pública se confina en el ropero del desván. Pero quiero decirles esto: a mí me gusta vivir, amo la vida, no me aferro a ella; he dicho mil veces, la vida es pugna, la vida es lucha». Más adelante decía: «Si yo vivo, existo y soy, puedo pensar y, entonces, mis amigos, dentro del ropero seguiré pensando. Y si en un momento siento la necesidad de pelear, lo haré contra las puertas del ropero».

Como un gran reconocimiento al general Seregni, quiero señalar que él pensaba en la mañana siguiente. Esa idea de que mañana, después de la lucha, hay que convivir, es ni más ni menos que la idea de continuidad de una ética humanista, de humanismo, de responsabilidad, de respeto. En la vida todos tenemos que pensar en la mañana siguiente. Y pensar así es estar en dos momentos, es ser responsables del hoy porque ese presente es el padre de todos los futuros. Depende de nosotros construir ese camino y saber que hay que cuidar nuestro futuro desde ahora mismo porque todos tenemos derecho a ser protagonistas de la mañana siguiente. Inclínamos con respecto a nuestras banderas.

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con el homenaje, tiene la palabra el señor legislador Mieres.

SEÑOR MIERES.- Saludo a los representantes del Frente Amplio, en particular, a su presidente, a los representantes de la Fundación Líber Seregni y a los ministros.

En nombre del Partido Independiente quiero decir que me siento muy honrado de la posibilidad de intervenir en este homenaje.

El general Líber Seregni quedará como una de las figuras más influyentes y relevantes del país político en el siglo xx. Junto con José Batlle y Ordóñez, Luis Alberto de Herrera, Luis Batlle Berres y Wilson Ferreira Aldunate integra la galería de los grandes políticos que marcaron el Uruguay del pasado siglo.

Líber Seregni alcanzó la estatura de un referente nacional capaz de fundar y representar la tercera tradición política en el país. Logró ser la síntesis de aquella convocatoria multipartidaria que significó la creación del Frente Amplio. No era nada sencillo, en aquel Frente Amplio que surgía, encontrar a una figura que representara a todas las vertientes, tan diversas y heterogéneas, que conformaban el surgimiento del Frente Amplio. Pero eso fue de ida y vuelta, pues los sectores reconocieron en su persona la expresión de la diversidad del Frente Amplio, y él, con su inteligencia y sensibilidad, supo responder, ganándose la confianza y el apoyo de todos los sectores que integraron aquella fuerza fundacional.

Sin embargo, su conversión en un líder nacional de proyección secular se produce, paradójicamente, como consecuencia de su injusta prisión, de su valiente sufrimiento, de su enorme dignidad y fortaleza para enfrentar la adversidad. Es en esos años negros que se fragua la inmensa fuerza de un liderazgo que cambiará la historia del país. Seregni, desde la cárcel, representó la continuidad de una fuerza política que tenía fuertes motivos de existencia vinculados con profundas necesidades de cambio y de reivindicación en nuestra sociedad de la justicia social y de la transparencia. Salió convertido en un líder popular, como nunca antes había tenido la izquierda; no hay duda de que esa fue una de las principales causas que posibilitó el crecimiento electoral y político de esa fuerza. Por primera vez emergía un líder fuera de los cauces de los dos partidos tradicionales, y no subestimo la importancia de figuras históricas de los partidos llamados «de ideas», como Dardo Regules, Emilio Frugoni, Rodney Arismendi, Juan Pablo Terra, Vivian Trías, pero ninguno había logrado convertirse en un líder de masas.

La relación biunívoca entre el Frente Amplio y Líber Seregni se había consolidado y fundido en los años de plomo, y mostró toda su contundencia el histórico día de su liberación. Nunca voy a olvidar –en lo personal– la enorme emoción que sentí al estar al pie del edificio ubicado en Bulevar y Bulevar –donde en un rato va a inaugurarse un monumento en reconocimiento a la figura del general Seregni–, junto a una enorme multitud que esperaba con ansiedad el mensaje del líder liberado. Particularmente para quienes integramos la generación de la salida de la Dictadura, la denominada Generación 83 –no por casualidad fue la que organizó el homenaje final en vida, veinte años después de aquella jornada histórica del 19 de marzo de 1984–, ese fue un momento culminante. El mensaje de Seregni de ese día agigantó su figura y lo consolidó como un gran líder popular. Las frases son bien conocidas: «Salgo con la conciencia tan tranquila como entré, salgo más

firme, salgo más convencido de nuestros ideales, salgo más decidido que nunca...». Y más adelante, la arenga: «Ni una sola palabra negativa, ni una sola consigna negativa. Fuimos, somos y seremos una fuerza constructora, obreros de la construcción de la Patria del futuro Uruguay democrático», como citaba el señor legislador Carámbula al inaugurar esta sesión.

Seregni fue un demócrata convencido. Jamás relativizó esas convicciones, y su prédica y su trayectoria son fieles testimonios de esa afirmación. No formó parte de la izquierda dubitativa y menos aún de la izquierda que cuestionó la democracia por el camino de las armas. Jamás defendió ni justificó esa opción, aun en tiempos en que tales alternativas ganaban adeptos en el pensamiento y acción de sectores de la izquierda.

Seregni fue también un gran estratega. Sus decisiones en todos los momentos cruciales fueron de una gran lucidez y con mirada de largo aliento. Desde la cárcel promovió e impulsó el voto en blanco en las elecciones internas de 1982. Tuvo muy claro desde el principio, y durante toda su prisión, que el principal riesgo era que la fuerza política que él representaba se diluyera en el proceso de apertura democrática. Sabía que una de las condiciones de continuidad de la afirmación de la vigencia consistía en expresar su especificidad política.

El segundo gran momento, el más difícil para su liderazgo recién construido, fue la decisión de participar del diálogo con las Fuerzas Armadas. Su consigna siempre fue «movilización y negociación», un doble movimiento necesario y complementario para navegar por el camino complejo y difícil de la democratización. Impulsó con convicción la decisión de participar de la negociación con los militares, decisión difícil como tantas que se toman en cualquier proceso de democratización en el mundo. Pero más allá de la polémica, el general Seregni estaba movido por el interés de aportar genuinamente al proceso de democratización y, al mismo tiempo, demostrar al país que el Frente Amplio era un actor protagónico e imprescindible del nuevo mapa político del Uruguay.

Una de las claves del acceso del Frente Amplio al Gobierno, veinte años después, fue la capacidad de conducción estratégica y política que Seregni demostró en aquellos años decisivos. Fue un actor decisivo para que el Frente Amplio se transformara definitivamente en una nueva tradición política del país, por la cercanía de sus referencias afectivas y emotivas. Seregni fue un gran impulsor de la conversión del Frente Amplio, de una coalición en un partido con múltiples fracciones internas. Su firmeza de convicciones fue otra de sus grandes virtudes; su carácter firme y decidido, sin mengua de su calidez y proximidad en el trato, fue otra de sus características, y ella contribuyó a consolidar su liderazgo.

Otro momento crucial en la vida política del general Seregni fue cuando se produjo la ruptura del Frente Am-

plio en el año 1989, lo que determinó la bifurcación del camino político de muchos de los que hoy estamos en el Partido Independiente. Fue una circunstancia dolorosa y traumática en la que quedamos en posiciones encontradas.

Debe destacarse en tal momento que una vez que interpretó que no había otro destino que el desenlace de ruptura, mostró firmeza y energía para conducir a su fuerza política. Asimismo, cabe destacar que apareció con la inteligencia estratégica para promover desde la conducción del Frente Amplio la recreación de espacios políticos internos capaces de expresar pensamientos y posturas similares a los de los sectores que nos habíamos retirado. El resultado —como todos sabemos— fue que su partido logró sostener el respaldo electoral que poseía con anterioridad a la ruptura.

Pero lo que demostró en toda su extensión la grandeza de su personalidad, fue la forma en que aceptó su declinación en el liderazgo del partido. Su generosidad y su contribución al Frente Amplio se expresaron en un retiro sin conflictos, sin traumas y sin daño a su querida fuerza política.

La coherencia —hoy tan escasa— fue otra de las virtudes que adornaron su temperamento. Fue impulsor y partícipe convencido de un diálogo para reformar la Constitución en la segunda mitad de los noventa, y llevó adelante una negociación que creyó positiva para el país y para su fuerza política. Sin embargo, los nuevos equilibrios de fuerza internos determinaron que los acuerdos alcanzados por él en representación de su partido no fueran ratificados por sus compañeros. Acató con una admirable paz y, lejos de convertir esa situación en trauma, admitió los hechos sin afectar al Frente Amplio, pero no dejó de ser fiel a sus convicciones y, en tales circunstancias, hizo lo que su conciencia le indicaba: renunció a la presidencia del Frente Amplio aceptando la nueva realidad política.

El general Seregni hizo de esta forma una enorme contribución a su partido, con este renunciamiento que impactó fuertemente a sus militantes y votantes. Fue un renunciamiento manso pero decidido y enérgico. Mostró su enorme vocación democrática y, a la vez, su férrea coherencia con sus ideas y valores.

El gesto de la renuncia de Seregni permitió que el Frente Amplio transitara su camino hacia el triunfo electoral sin rasguños ni perjuicios mayores. Y en su última etapa, ya retirado de la lucha política directa, siguió aportando desde el Centro de Estudios Estratégicos 1815, proponiendo ideas e iniciativas que tenían como principal preocupación el futuro del país. Esa usina de pensamiento generó reflexiones, particularmente sobre la reforma del Estado, que cuestionaban y discutían asuntos programáticos e ideológicos centrales en el pensamiento tradicional de la izquierda. Nuevamente el impulso de Seregni generó debate en su propio partido y también en esta ocasión se suscitaron diferencias visibles; por ejemplo, cuando se

aprobó la ley de asociación de Ancap. La opción del general Seregni fue en todos los casos mantenerse firme en sus ideas y convicciones, pero sin afectar la interna de su fuerza política, asumiendo que ya se había retirado de la política activa. Sin embargo, siguió hablando y opinando con la libertad a la que nunca renunció, ni siquiera en sus tiempos de preso político, y ciertamente generó enojos, pero también la admiración creciente de propios y adversarios.

En tiempos de un preocupante relativismo ético, el ejemplo del general Seregni surge firme como su propia estampa, porque nunca relativizó sus ideas ni cayó en la tentación de la ambigüedad engañosa. Dijo lo que pensaba, sin ánimo de herir y también sin buscar el halago fácil. Es conocido el mensaje final del famoso homenaje que la Generación 83 le hizo en el paraninfo de la Universidad de la República. Y voy a reiterarlo —por más que ya se ha dicho, porque me parece que lo define cabalmente—: «Todo lo que hice, lo bueno y lo malo, lo acertado y lo erróneo, fue a plena conciencia. Traté de perseguir el paradigma de decir lo que se piensa y hacer lo que se dice». Esa simple máxima de vida es una referencia tan necesaria en estos tiempos que vivimos...

Tuvo una vida ejemplar vivida con toda la profundidad de las convicciones y los sentimientos. Como le gustaba decir al general Seregni: «Los hechos son porfiados». Y esos hechos porfiados dicen, con contundencia, que Líber Seregni fue un hombre excepcional y un enorme político que será referencia para los uruguayos de hoy y de las futuras generaciones.

Muchas gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor legislador Martínez.

SEÑOR MARTÍNEZ (Walter).- En la jornada de hoy queremos, como Unidad Popular, referirnos a uno de los principios fundamentales de los partidos de izquierda y de todos los militantes artiguistas. Se trata de un principio que fuera esencial para el Frente Amplio en 1971 y que Seregni desarrollara en su discurso pronunciado el 26 de marzo de ese año en la explanada de la Intendencia. Nos referimos al principio de autodeterminación y no intervención. En ese discurso Seregni decía: «Esta política interna de autodeterminación se manifiesta también en la concepción que el Frente Amplio tiene de la política internacional. Porque lo nacional y lo internacional son dos aspectos de una sola política. De ahí que nos basemos en nuestro plan nacional de autodeterminación, de liberación nacional. Este principio de autodeterminación se conquista con la energía de cada pueblo. Esta es nuestra regla fundamental e indiscutible: el principio de autodeterminación de los pueblos.

La autodeterminación significa libertad de los pueblos para crear por sí mismos, con su propia fuerza y elección, su propio destino. Cada pueblo dueño de su destino. Esto nos lleva, en el plano internacional, a dos corolarios necesarios. El primero es la no intervención. Es un principio defensivo ante las amenazas y presiones extranjeras; es el repudio a las intervenciones extranjeras. El principio de la no intervención debe ser una constante intangible de nuestra política internacional. Pero no basta con proclamarlo, con declararlo; exige, como única garantía, la vigilancia y la militancia popular.

Pero no basta con la no intervención. El otro corolario necesario a la autodeterminación es la activa solidaridad latinoamericana. La autodeterminación exige la ruptura de nuestras formas de dependencia: la económica, la política, la cultural, la científica. Estamos en América Latina y América Latina entera es víctima de la misma dependencia de los mismos poderes. Nuestra lucha es común con nuestros hermanos latinoamericanos. También lo fue cuando Artigas, Bolívar y San Martín. Y porque aquellas luchas terminaron con el exilio de Artigas, Bolívar y San Martín, es que emprendemos ahora la segunda emancipación latinoamericana. Y esto nos lleva a la solidaridad con todos los movimientos de liberación nacional que hoy se levantan en América Latina. Solidarios hoy, como fuimos solidarios ayer. Es el camino hacia la Patria Grande que soñaron nuestros próceres. No los evocamos en vano. Simplemente retomamos su política a la altura de nuestro tiempo y de nuestras necesidades».

Esto decía Seregni; esto decía el Frente Amplio en 1971.

¿Qué diría Seregni hoy sobre el envío de tropas militares a Haití? ¿Qué esperaría hoy Seregni de los militantes de izquierda? Creemos que el mejor homenaje a Seregni es aplicar el principio de autodeterminación y no intervención, y retirar las tropas militares uruguayas de Haití en forma inmediata.

Gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor legislador Agazzi.

SEÑOR AGAZZI.- Señor presidente: queremos participar en este homenaje a los cien años del nacimiento del compañero Liber Seregni, como parte del conjunto de homenajes que merecidamente se le están haciendo a una personalidad singular en la historia del Uruguay.

Primero quiero agradecer la visita de las personalidades del Frente Amplio que nos acompañan, de integrantes de la familia de Seregni y de autoridades de distinta naturaleza y con diferentes responsabilidades.

Creo que lo que todos debemos hacer en este homenaje es jerarquizar su obra, su presencia permanente, su protagonismo, que se dio en un determinado tiempo, en ciertas circunstancias históricas, en la crisis de fines de los sesenta y principios de los setenta. En aquellas circunstancias se necesitó una personalidad como la de Seregni. Pienso que siempre los dirigentes de esta naturaleza son una combinación entre ellos y la situación en la que se encuadra su participación. Y Seregni encajó perfectamente. El Uruguay precisaba una personalidad como la de Seregni.

Es necesario recordar las tensiones sociales de aquella época; la falta de horizontes como drama principal de la juventud; las garantías individuales conculcadas; la violencia del Estado, que aplicaba la doctrina de la seguridad nacional y que obligaba a distintas formas de resistencia en el conjunto del movimiento popular; las presiones de organismos internacionales; las oficinas de la CIA, que estaban instaladas en oficinas del Gobierno; la presión del Fondo Monetario Internacional. Pero también hay que tener en cuenta el panorama latinoamericano y mundial. Era la época de los movimientos de liberación nacional africanos y de muchas expresiones en nuestro continente: el proceso de acumulación en Chile, en Bolivia; el proceso de transformaciones en Perú; el hecho presente, permanente, de la Revolución cubana. Todo esto que se estaba dando en ese momento obligaba al conjunto del movimiento popular en el Uruguay, sometido a esta circunstancia, a definir el camino a tomar. Y ¿cuál fue el legado de Seregni? ¿Cuál fue el pensamiento convertido en acción? En primer lugar, ser actor. Venía de los estamentos militares, había pasado a retiro, pero se fundió con su pueblo; se dedicó a la política con mayúscula. Aquí fueron resaltados algunos aspectos y yo quiero destacar algunos más. Pero lo que hizo Seregni, en realidad, fue encabezar una esperanza. Así lo dijo él y lo dijeron sus compañeros.

Se puede analizar toda su obra, se puede examinar todo su pensamiento; hoy haremos intervenciones breves para rendirle homenaje, y me parece que es una buena circunstancia para mencionar y jerarquizar algunos asuntos mencionados por el propio Seregni.

En primer lugar, él se preguntaba: ¿cómo puede propagarse tan rápido un fenómeno como el del Frente Amplio? ¿Cómo se abre una etapa nueva en esta sociedad uruguaya? ¿Cómo se interpreta por la calle, cómo se le da forma, cómo toma forma política un sentimiento?

En el primer acto de masas de esta fuerza política, el 26 de marzo de 1971, Seregni se dirigía a los militantes y les decía que el Frente Amplio estaba dando sus primeros pasos, pero eran pasos de gigante; que el Frente Amplio recibía «su bautismo en la calle, en la multitud, en ustedes, en un movimiento político sin precedentes en el país».

Más adelante señalaba: «El régimen reconoce que es él, el régimen, el que no tiene futuro. Y a la desocupación, a salarios reales cada vez más reducidos, que solo

favorecen a un pequeño grupo oligárquico, se agrega un proceso de endeudamiento externo que nos ahoga y que compromete nuestro futuro. Las clases medias urbanas y la clase obrera, los jubilados, esa legión tan mentada, pero tan olvidada, las clases medias rurales y los asalariados rurales son las grandes víctimas de la política económica actual. Quiebras y concordatos, paralización de industrias, especulación, esto es el síntoma de los últimos tiempos».

En aquel entonces, planteaba que no se puede arreglar esto con medidas prontas de seguridad, con un Estado policial, y agregaba: «Se limitan las libertades públicas, desaparece la libertad de prensa, ocurren encarcelamientos masivos sin justificación alguna, se ataca con ensañamiento a la enseñanza tanto a nivel universitario como secundario». Se sabe muy bien que estas no son las medidas que solucionan los problemas del país.

Por eso, él expresaba: «Expongamos el camino nuevo». Era el camino nuevo que proponía el Frente Amplio, porque los demás caminos que se habían probado, en realidad, habían fracasado en restañar la crisis presente de aquellos años.

Líber Seregni manifestaba claramente: «Es entonces la realidad urgente, el empobrecimiento colectivo, lo que obliga a enfrentar de una buena vez a la rosca que nos aprieta. La disyuntiva de hoy es muy clara: o la oligarquía liquida al pueblo oriental, o el pueblo oriental termina con la oligarquía». Era bien tajante en sus afirmaciones.

Fue así que hombres progresistas, hombres populares, se unieron para construir un nuevo proyecto: «Los hombres progresistas y populares del Partido Colorado y del Partido Nacional, de clara y firme militancia política, que quieren ser fieles a su pueblo, comprendieron que tenían que romper el cascarón vacío» de las alternativas que se ofrecían en aquellos años. Seregni decía que del otro lado estaba el pueblo: blanco, colorado, democristiano, comunista, socialista, independiente, y remataba la frase, agregando: «Esa es la verdad y esa es la definición de la hora actual».

Expresaba claramente, porque era su sentimiento: «Nunca se abrió un cauce tan ancho para la unidad popular como en estos momentos. Nunca, salvo con Artigas. También junto a él el pueblo oriental se unió, para enfrentar a la oligarquía y al imperialismo de la época. Y hoy volvemos a lo mismo. Por eso el pueblo, por eso el Frente Amplio es el legítimo heredero de la tradición artiguista y toma sus banderas y su ideario», y yo agrego: tomó hasta sus colores.

Señor presidente: se ha hablado en este ámbito del Frente Amplio como fuerza pacífica, pacificadora, defensora de la legalidad y de la democracia. El general Seregni dijo: «No queremos la violencia, pero no tenemos miedo a la violencia». Hoy la historia nos muestra sus principios permanentes y lo recordamos por sus valores individuales:

la rectitud, la honestidad, por decir siempre lo que pensaba. La frase que se ha mencionado de «decir lo que se piensa y hacer lo que se dice», nos habla de valores personales que, incluso, en política hasta pueden ser confundidos con ingenuidad, donde lo común es el juego de factores y muchas veces el no decir, porque no conviene hablar de la verdad. Para él, la responsabilidad siempre estuvo por sobre todas las cosas.

Señor presidente: además de estos valores personales e individuales, pienso que la historia colocó al compañero Seregni en una etapa clave, entre dos épocas históricas para nuestro país, que a nivel nacional estaba dividido entre dos cursos: por un lado, el de las minorías privilegiadas y, por otro, el de los derechos del pueblo. Pero no hubo un partido político que encarnara una cosa, y otro que representara otra, sino que en todos los partidos había actores que pertenecían a uno y otro de estos pueblos contradictorios; hubo expresiones de estos pueblos en los distintos partidos. Seregni fue el actor clave de una nueva política, un nuevo país, una nueva cultura que emergió. Incluso, como estos procesos no se desarrollan en pocos años, el tema está en debate.

Pero nosotros reafirmamos el pensamiento y la acción de Seregni, tan necesaria como dificultosa en lo que refiere a la unidad. Pensemos en el significado de unidad en aquellos años: unidad con todos y, como se dijo acá, con algunos que eran más próximos al compañero Seregni, pero también con quienes estaban más alejados. Lo cierto es que tuvo esa virtud, e incluso la honestidad necesaria para aceptar, muchas veces, propuestas o ideas de grupos más alejados, porque tenía claro que lo imprescindible para sembrar y avanzar en el camino del desarrollo de las mayorías de nuestro país, era respetar la unidad y lograr el consenso. En esto estuvo siempre su compromiso; un alto compromiso que mantuvo durante toda su vida. Pienso que Seregni siguió las enseñanzas del padre Artigas para transformar el país: las ideas artiguistas para lograr una sociedad más justa. En realidad, él sentía el estímulo de querer la vida y construir el futuro.

Señor presidente: desde la etapa en la que estamos, desde los desafíos que nos esperan, es importantísimo revalorar estas ideas y tener la actitud de homenajear a una persona que fue ejemplar en las transformaciones del país, y nos seguirá iluminando en el camino de mejorar las condiciones de nuestro pueblo.

Muchas gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Continuando con el homenaje, tiene la palabra la señora senadora Payssé.

SEÑORA PAYSSÉ.- Señor presidente: cuando en un homenaje se reiteran los conceptos, a veces puede resultar aburrido o, por el contrario, ser tomado, justamente, como

una reafirmación. Entiendo que en el homenaje de hoy estamos reafirmando algunas facetas de la personalidad del querido general, lo que es importante no solo para la fuerza política que represento, sino también para todos los uruguayos y uruguayas.

Voy a referirme a una de las personas que más admiré, señor presidente, y que más ha influido en el camino político que he tomado.

«Hombre libre que estuvo preso durante diez años, militar que fue acusado de traidor por los traidores, figura de estatura internacional y a la vez afable vecino, apasionado conocedor de la historia y sus sorpresas, gran pintor, lector voraz, incansable militante». Las palabras de Fernando Butazzoni que acabo de leer sintetizan múltiples facetas del ser humano, del militar, del político, del vecino, a las que se podrían agregar otras, igualmente esclarecedoras de su personalidad: la de esposo –por siempre de su querida Lili–, la de padre y la de abuelo entrañable.

Al cumplirse el primer cuarto de siglo de la organización política de la que fue máximo líder, Seregni dijo, enlazando sentimientos muy hondos: «Estoy casado con Lili por toda la vida. Estoy casado con el Frente Amplio desde hace 25 años. Pero estoy casado con el Frente Amplio por toda la vida».

Aunque las exteriorizaciones del amor por el Frente Amplio alcanzaron la notoriedad de las cosas públicas, el amor por Lili también fue inocultable aun en sus manifestaciones más tiernas y en las condiciones más adversas. Las cartas que le envió desde la prisión, recopiladas por Blanca Rodríguez, constituyen una muestra conmovedora al respecto.

«Hoy es domingo de tarde –le escribe a su esposa–. Sé que no estás sola. Pero si sintieras “morriña”, pon el disco de Albinoni que tanto me gusta y piensa que lo escuchamos juntos. No te recito *Domingo sin ti*, sino que te recuerdo unos versos de Machado que canta el catalán Serrat: “Todo pasa y todo llega, pero lo nuestro es mejor”».

En esas cartas a Lili siempre estuvieron presentes el pueblo, sus compañeros de «afuera», los de otras cárceles –de los que nunca se olvidó–, y los que compartían la prisión con él. «Cuando te escribo sobre el régimen a que estamos sometidos y hago consideraciones respecto de esta situación que se nos ha impuesto, etcétera, y hablo solo de mí, en primera persona del singular; no es que olvide a los compañeros que están en idéntica condición. Simplemente es una forma de expresión, incluso a propósito. Pero no significa ni megalomanía ni olvido, ¿tamo?»

Quiero destacar también otro rasgo de su personalidad que lo marcó desde joven, con orgullo: su condición de militar. La propia Blanca Rodríguez señala en la introducción de su libro: «... la impronta militar, la suya, atraviesa todas las cartas, desde la primera, escrita al día siguiente

de su detención, cuando no sabía qué suerte iba a correr, y en la que ya aparece su meticulosidad para la higiene personal y el atuendo, así como la necesidad de tener siempre a mano un uniforme impecable, además de los viejos compañeros de camino, los libros...».

Se percibe en las cartas «el reflejo de esa disciplina [...] que fue clave para manejar sus emociones, a las que también disciplinó, para que su mujer no notara nada de su desazón, ni tampoco sus guardias, a quienes siempre quiso darles la imagen de un general del Ejército».

Vayamos al gran político, a uno de los más grandes que dio este país. El Frente Amplio, el que –junto a muchos otros– fundó en 1971, fue concebido por Seregni como una obra colectiva y como herramienta para hacer realidad esa patria del futuro que era, al mismo tiempo –como se dijo acá–, la proyección de Artigas y de lo mejor de nuestra historia. Señor presidente: nos sigue emocionando aquella invocación al «Padre Artigas» en su primer discurso público en la explanada de la Intendencia de Montevideo, el 26 de marzo de 1971.

Seregni conjugó sus sólidas concepciones, sus arraigados principios, con una gran flexibilidad política, con su agudo sentido de la táctica y de la relación de esta con sus objetivos. Hablando en el teatro Astral, en octubre de 1986, él nos enseñaba a los frenteamplistas: «[...] nuestras bases programáticas no son una serie de formulaciones congeladas, para hoy y para siempre, sino que se deben ir adecuando a los cambios que van ocurriendo en la sociedad uruguaya y en su entorno internacional». Y agregaba: «Así vamos definiendo nuestro proyecto –nacional, popular y democrático– que muestra la firmeza de nuestros principios básicos y la flexibilidad de adaptación a los vaivenes y oscilaciones de la coyuntura».

Otro rasgo esencial de Seregni es su profundo espíritu democrático y republicano. Él nos decía: «[...] vivir en democracia [...] exige aceptar al otro –esencia del pluralismo– y cultivar la tolerancia, para poder asegurar la convivencia».

Esa identificación profunda con la democracia, que se nutre de ideales de justicia social, de libertad y de equidad, lo hace actuar en función de otra idea-fuerza que signó su trayectoria política: la búsqueda de acuerdos, la famosa concertación, uno de los puntales de su concepción política.

Señor presidente: todos sus actos se afincaron en el presente, pero al mismo tiempo, como aspecto esencial de su talento de estrategia –entre paréntesis agrego que no es casual que, retirado de su actividad política activa, haya fundado el Centro de Estudios Estratégicos 1815, usina de elaboración de políticas de Estado–, tratando de atisbar «la mañana siguiente». Sí, señor presidente, esa mañana siguiente que tenía que ver con las consecuencias de los actos, con su proyección y su enlace –siempre– con el fu-

turo. Por eso, varios años antes de que el Frente Amplio llegara al Gobierno nacional, en la explanada de AFE, el 5 de febrero de 1986, nos decía: «Hemos puesto mucho empeño en cambiar la mentalidad clásica de la izquierda –fundamentalmente crítica, contestataria, testimonial y teórica– y forjar una necesaria mentalidad de gobierno, capaz de llevar a la práctica, en el momento preciso y con las características adecuadas, verdaderas soluciones».

Un valor muy alto para Seregni fue la responsabilidad. Se ha mencionado en este homenaje, pero quiero reiterar algunas de sus palabras pronunciadas en su último discurso, el 19 de marzo de 2004, en el paraninfo de la Universidad: «[...] yo también sentí, como muchos de ustedes, la vigencia del dilema que planteaba Max Weber hace 80 años [...], el dilema de la posible oposición entre la ética de las convicciones y la ética de las responsabilidades. Cuando uno tiene un cargo, cuando uno habla en nombre de otros, no es uno solo el que habla, y eso limita seriamente las posibilidades de expresión propias. Esto debe ser tenido muy en cuenta [...] cuando juzgamos las conductas de gobernantes y de líderes políticos».

Seregni hacía de la palabra empeñada un compromiso: «Para mí, mi palabra es un capital fundamental de mi accionar personal y político», nos decía al renunciar a la presidencia del Frente Amplio, en el acto en la explanada de AFE, el 5 de febrero de 1996.

Es coherente con estas concepciones que el general no buscara culpas en otros –tal como aquí se dijo– para justificar errores propios. Por eso, él sostuvo en aquella circunstancia, como en otras: «[...] si dedicamos las mayores energías a buscar enemigos –externos o internos– para justificar nuestras fallas, caemos en una forma de escapismo fácil e inconducente».

Uno de sus mayores desvelos fue la unidad del Frente Amplio –aquí se señaló y lo quiero recalcar–; decía Seregni: «Nuestra fuerza está en los distintos grupos políticos que integran el Frente, pero también está en el frenteamplismo». Era un forjador de frenteamplismo, señor presidente. «El frenteamplismo es lo que arraigó, es lo que penetró en la sociedad uruguaya [...]. Tenemos que sentir profundamente el frenteamplismo, porque ello nos dinamiza, nos abre caminos para entrar en nuevos escenarios. Porque además es la mayor garantía de la unidad».

El desvelo por la unidad y por la fortaleza del Frente Amplio se tradujo, también, en muchos otros hechos, pero señalo uno, concreto, de singular importancia histórica. En 1982, oponiéndose a otras visiones dentro del Frente Amplio, llamó desde la cárcel a votar en blanco. Recordemos que en aquella instancia la Dictadura prohibió la comparecencia del Frente Amplio en las elecciones internas de los partidos. Decenas de miles de votos en blanco le gritaron a los dictadores: ¡aquí está el Frente Amplio que ustedes quisieron destruir! ¡Sigue vivo! Una vez más,

Seregni fue más allá de lo táctico y pensó en la mañana siguiente.

Seregni ahondó –como decía el señor senador Carám-bula– en temas como la producción, la ciencia, la tecnología, la educación, la cultura, el arte y la literatura. Fue un hombre extraordinariamente culto. Nos dio lecciones sobre temas como las relaciones internacionales, las relaciones entre el Gobierno y la fuerza política que lo ejerce, las alianzas sociales, la relación con el movimiento sindical y con otras organizaciones de la sociedad civil, y la inserción internacional del país. Era capaz –por decirlo en sentido figurado– de tener todo el mundo en su cabeza.

¡Paz! Otro término que asociamos al general Seregni. ¿Cómo no valorar su papel en aquellas horas terribles en que se acercaba el golpe de Estado, cuando convocó al país a darlo todo para lograr «paz para los cambios y cambios para la paz»? Quiero destacar lo que Seregni hizo por la paz, lo que hizo antes de la Dictadura y para terminar con la Dictadura, porque no es demasiado conocido. Quiero recordar su consigna señera: «Movilización-Concertación-Negociación» y lo que hizo, ya en democracia, por la convivencia, por la búsqueda de los acuerdos, por el *Nunca más*, por el cultivo de la memoria como condición del fortalecimiento democrático: «[...] no hay memoria sin olvido», nos decía: «El problema individual de cada uno de nosotros y de la sociedad entera es saber y poder qué olvidar para mejor recordar aquello que no puede ni debe olvidarse».

Fue un patriota y un internacionalista, un hombre comprometido con el destino de su América Latina. Recuerdo aquella gira por varios continentes, que él llamó una peregrinación laica, para agradecer la solidaridad que recibió el pueblo uruguayo durante la Dictadura, gira en la que fue galardonado por Gobiernos e instituciones internacionales por su contribución a la libertad, a la paz, a la democracia, pero sobre todo a la dignidad.

¡Qué vida la de Seregni! De alguna manera resume su sentido en aquel pasaje de su último discurso, el que dio ante un paraninfo desbordado de jóvenes y de gente de todas las generaciones, cuando dijo que desde ese momento, al cumplir 87 años y luego de una vida intensa, se confinaría en un ropero, pero no se resignaría a abstenerse de pensar. Y expresó: «[...] la vida es pugna, la vida es lucha [...], si yo vivo, existo y soy, puedo pensar, y entonces, mis amigos, dentro del ropero seguiré pensando. Y si en un momento siento la necesidad de pelear, lo haré contra las puertas del ropero».

Voy a finalizar, señor presidente, citando a alguien que admira mucho al general y que no pudo estar presente con nosotros por estar en una misión oficial, alguien que compartió tiempos muy diversos, algunos hermosos y otros duros, de lucha política intensa, de militancia frenteamplista ineludible: nuestro compañero y ministro, Danilo Astori. Él decía: «Seregni sintetizó esos

múltiples aportes de una manera inmejorable, impecable, porque fue capaz de construir anticipando. Seregni proponía rumbos y posturas que luego obligaban a todos los frenteamplistas a pensar y a discutir [...], por eso el Frente Amplio es impensable sin él». Esto lo decía Danilo Astori en una sesión del Senado a 25 años de la liberación del querido general.

Y sí, señor presidente, el Frente Amplio es impensable sin él, y quiero agregar que también el Uruguay es impensable sin él. Muchos de los logros, de la disposición a asumir desafíos, de las esperanzas que viven en este país y en su pueblo, son impensables sin él. Él ha sido el primero de aquellos «obreros de la construcción de la patria del futuro», que invocó en su discurso al salir de prisión. Nos sigue guiando; sigue y seguirá alentándonos a proseguir.

Muchas gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Para continuar con el homenaje, tiene la palabra la legisladora Xavier.

SEÑORA XAVIER.- Señor presidente: qué honrado estaría el general Seregni de saber que la Asamblea General en el día de hoy reivindica los valores de la libertad, de la justicia, de la igualdad, de la solidaridad. Hoy estamos aquí, frente al presidente de la república, al expresidente Lacalle, a los ministros, a ministros de la Suprema Corte de Justicia, a ministros de la Corte Electoral, a ministros del Tribunal de Cuentas, a autoridades militares, a líderes partidarios, al presidente del Frente Amplio y a los integrantes de la Fundación Líber Seregni. Hasta el día de hoy me ha tocado el honor de presidir la Fundación Líber Seregni y quiero, en nombre de la fundación, hacer público el reconocimiento a las cien personalidades que sin dudar estuvieron contestes en que los cien años del nacimiento del general Seregni era un momento muy importante y que reivindicaban en conjunto. Es así que todos los presidentes desde la reapertura democrática, incluido el actual presidente, doctor Tabaré Vázquez, conformaron esa lista de cien personalidades. También lo hicieron el contador Enrique Iglesias y personalidades del exterior, como el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, por nombrar una sola. Asimismo, puedo citar al cardenal Sturla y a muchas otras personalidades. También quiero agradecer en el día de hoy porque, con la ayuda del Senado de la república, pudimos formar la colección de libros *Líber Seregni*. Sin duda, es una colección de consulta, no solo para quienes realizamos actividades políticas, sino también para el conjunto de las personas que se interesen por la vida del país y por los diferentes hechos que, sin duda, tuvieron al general como protagonista de primera línea.

Hoy celebramos el centenario del nacimiento de un hombre que lo ha dado todo por su pueblo. Hoy evocamos a un ser humano excepcional.

Como tantos de ustedes, tuve el privilegio de conocer al general Seregni, pude compartir instancias que quedarán de manera imborrable en la memoria. No me refiero solo a los consejos en política, sino también a la actitud de cercanía que un líder como el general Seregni tenía para con sus compañeros y para con los ciudadanos en general.

Hoy es un día para recordar aquel acto de 1971 y el vibrar de una voz con una intensidad atronadora o para recordar el discurso del balcón a la salida de tantos años de encierro, de degradación, cuando esa inmensa humanidad nos volvía a dar una enseñanza histórica de paz, de democracia, de lucha indoblegable.

Recientemente tuve el inmenso honor de prologar uno de los libros biográficos del general Seregni y escribí allí lo que siento: que nos sigue inspirando con una visión que trascendió a su propio tiempo. Todos sabemos que Seregni fue fundador y líder histórico del Frente Amplio, pero su estatura ética y su dimensión política lo han hecho trascender las fronteras partidarias. Es así que la celebración del Año Seregni, como dimos en llamar al año entre el 13 de diciembre del 2015 y el día de hoy, nos convoca a todos.

El general Seregni fue un revolucionario poco tradicional, un demócrata de toda la vida, con un pensamiento tan igualitario como libertario, tan valiente como dialogante. El inexorable paso del tiempo hizo que no pudiera ver a su entrañable Frente Amplio en el momento de alcanzar el Gobierno nacional; fue por muy poco, tan solo por algunos meses. Igualmente, su visión y su indeclinable lucha por la libertad y la democracia contribuyeron decididamente a que el Frente Amplio se proyectara hasta transformarse en la fuerza política más popular en nuestro país.

Por su espíritu tan indoblegable como sereno es que Seregni siempre estará vivo en nuestros corazones, siempre estará junto a nosotros, siempre será inspirador para nuestros proyectos y para forjar la patria solidaria, por la que dio hasta su propia libertad.

El general Seregni habló de izquierda en tiempos en que era peligroso hacerlo, y más aún para un militar. El general Seregni habló de un proyecto ideológico y lo puso en marcha. El general Seregni jamás olvidó las demandas cotidianas de su pueblo. El general Seregni siempre estuvo presente en todos los momentos, sobre todo en los más difíciles, en los más duros, y así se transformó en el general del pueblo.

Podemos afirmar que todos quienes abrazan la política desde un lugar generoso, de búsqueda y lucha por la justicia social, siempre encontrarán un faro inspirador en la vida del entrañable compañero general Seregni. Nunca el agravio, nunca la descalificación, siempre dispuesto a construir puentes, siempre dando fuerzas y lleno de esperanza, inclusive en tiempos de cautiverio, que fueron diez largos años, tiempos aciagos. Desde la cárcel el general nos transmitía: «Quiénes estamos en las cárceles man-

tenemos fuerte el corazón, elevado el espíritu, sabiendo que presos estamos llevando adelante una tarea política, sabiendo también que la lucha es ardua, es mucha, pero absolutamente seguros de que al final del camino una luz puntual nos espera». Al evocar al general nadie quiere pintar a un hombre perfecto, pero ¿quién podría negar que el general fue un hombre de paz, un hombre sin rencores, sin sed de revancha, un hombre valiente?

El general nos legó el ejemplo de un luchador por las causas más nobles, esas que se libran para proteger a los más débiles, y lo que talla a un gran ser humano. En síntesis, el general Seregni encarna la historia de un hombre que se transformó en leyenda.

Gracias, presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor legislador Heber.

SEÑOR HEBER.- Señor presidente: queremos sumarnos a este homenaje, a pesar de que el Partido Nacional estuvo representado por las muy elocuentes palabras del senador Camy. En mi carácter de presidente del Directorio del Partido Nacional igualmente siento la necesidad—no la obligación— de aportar dos o tres conceptos más a los que ya ha manifestado, en nombre de nuestro partido, el senador Camy. ¿Por qué? Porque tuve el placer de tratarlo. No soy de los más antiguos en este ámbito, pero hace tiempo que estoy aquí y en una oportunidad pude compartir varias horas con el general Seregni en el aeropuerto de Rivera, ya que íbamos a viajar en el mismo avión—de una línea aérea cuyo nombre ya ni recuerdo—, que tardó mucho en llegar. Fue así que pude compartir con él una tertulia muy interesante y, si bien sería de muy mal gusto mencionar aquí lo que me dijo—eso no viene al caso—, quiero recordar que le pregunté sobre ciertos episodios que se dieron cuando el Partido Nacional asumió el Gobierno el 1.º de marzo de 1959. Se han tejido muchas historias en torno a esto, pero el general Seregni, que en aquel momento era coronel, me contó cómo vivieron las Fuerzas Armadas la asunción al Gobierno de un partido, ya que parecía que se terminaba todo. Fue muy interesante escucharlo, aunque vuelvo a decir que no creo que sea de buen gusto traer sus palabras, puesto que ya no está entre nosotros. También pude preguntarle su opinión sobre un episodio que él—ya general— había vivido con mi tío, Alberto Heber Usher, en momentos en que, siendo presidente del Consejo de Gobierno, se produjo una gran tensión militar. Lo cierto es que me interesaba conocer otro punto de vista sobre este hecho.

Un aspecto que me llamaba la atención del general Seregni es que siempre daba su visión—que por supuesto no es la nuestra ni la mía— sin rencores ni deseos de venganza, a pesar de que se refería a episodios de alta tensión, en los que se ponía en riesgo gran parte de la institucionali-

dad. Estamos hablando de la década de los sesenta, una época convulsionada. Reitero que tuvimos la oportunidad de cambiar opiniones y me pareció que era una persona interesante.

La vida política me permitió seguir hablando con el general Seregni, ya que luego de distintos actos oficiales me encargaba de preguntarle si había ido en auto y me ofrecía a llevarlo a su casa, puesto que me resultaba muy interesante conversar con él. Y así lo hacíamos en el trayecto desde donde estuviéramos hasta su casa, que en aquel momento estaba ubicada en 18 de Julio y Tacuarembó; incluso, cuando llegábamos, la charla era tan interesante que seguíamos hablando, aunque el auto estuviera mal estacionado y corriéramos el riesgo de que el entonces intendente Vázquez nos multara.

Pude descubrir a un general generoso, a un luchador por la libertad. Muchas veces, en épocas de dictadura, se mide el grado de oposición por si se estuvo preso o no, por si se estuvo en el exilio o no, por si se estuvo en libertad o no. Lo importante no es si se estuvo preso, exiliado o en libertad, porque lo realmente relevante es que desde donde se estuviera se luchara contra la Dictadura. El general Seregni nunca fue un preso, porque escribía, se comunicaba, hablaba y peleaba desde la cárcel. Fue el preso político más importante que tuvo el sistema político y no solamente el Frente Amplio. Era el preso político de todos nosotros, y fue parte de la bandera de libertad. Wilson Ferreira Aldunate y Juan Raúl Ferreira, desde la convergencia, no dejaban de hablar, en cuanto evento hubiera, de la necesidad de liberar al general Líber Seregni. Lo hacían por la injusticia que implicaba esto y porque era el preso emblemático de la Dictadura. Porque ¿solamente era emblemático para el Frente Amplio? No, para nosotros también lo era. Nosotros hablábamos y peleábamos por la libertad de Seregni; era parte de nuestra bandera, porque entendíamos que su libertad también era la nuestra. Por lo tanto, el Partido Nacional tiene el orgullo de decir a voz en cuello: también fue nuestro preso. No era solamente el de una fuerza política; era un preso emblemático.

Aclaro que digo esto aunque luego, en el proceso de salida democrática, se dieron episodios que nos tuvieron muy distanciados. Hoy se mencionaron ciertos hechos que nos enfrentaron mucho con el doctor Sanguinetti y con el general Seregni, quienes fueron dos piezas claves en este proceso. Sin embargo, en ambos reconocemos la sana intención de encontrar una salida democrática al país; no era la nuestra y tampoco el camino que queríamos nosotros, pero cometeríamos un sacrilegio político si tiyéramos esa salida con una intención mezquina. No; esa fue la salida que el general Seregni y el doctor Julio María Sanguinetti creyeron era mejor para ese momento. Legítimamente, ellos entendieron que no había otra opción, y reconocemos en esa actitud el respeto, la sinceridad y la franqueza que aquí se han destacado.

Sentimos mucho respeto por el general Seregni, tanto a nivel personal como institucional por parte de nuestro partido. El Partido Nacional inclina sus banderas en este homenaje, porque Seregni fue un luchador por la libertad y un hombre de palabra, de gran palabra. Como aquí se narró, el hecho de sostener y mantener su palabra lo llevó a alejarse de la presidencia del Frente Amplio. En política, eso importa mucho, porque aquí no hay documentos escritos ni nada que se tenga que firmar. Cuando uno hace una negociación política y da su palabra, debe cumplirla, porque ese es el cristal de la credibilidad que tenemos que tener en este sistema. El día que uno no cumpla con su palabra, luego de haber negociado, se termina la confianza que sustenta el diálogo político. Reitero que el general Seregni era un hombre de palabra y llevaba sus compromisos hasta las últimas consecuencias, porque sabía que, de lo contrario, no habría credibilidad en el sistema.

Por todo esto, queríamos sumarnos a este homenaje y levantar nuestra voz junto a la del señor legislador Camy, en nombre del Partido Nacional.

Tuvimos la oportunidad de participar junto al general Seregni en el Centro de Estudios Estratégicos 1815, como panelistas. Allí él fue un revolucionario, porque llevó temas polémicos para la izquierda, pero no hacía más que sacudir y provocar la discusión democrática para que quienes creían tener la verdad revelada pudieran confrontar su posición con la de otros y encontrar así un camino que se acercara más a la verdad. Para nosotros fue muy importante participar en esos eventos del Centro de Estudios Estratégicos 1815, un centro altamente convocante, no solamente porque nos reuníamos allí, sino también porque convocaba nada más y nada menos que el general Seregni. Ahí se discutía sobre el rol de las empresas públicas y del Estado, y se ponían arriba de la mesa los problemas del momento que, lamentablemente, siguen siendo parte de la agenda de la discusión política actual porque no se han agotado. Fue un adelantado y, si bien nos sentimos representados por las palabras expresadas por el señor legislador Camy, como presidente del Directorio del Partido Nacional quiero decir que inclinamos las banderas frente a este gran luchador por la libertad y la democracia, frente a este digno adversario de nuestra fuerza política.

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR GONZÁLEZ.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor legislador.

SEÑOR GONZÁLEZ.- Señor presidente: quiero agradecer el honor que me otorga mi fuerza política de hacer uso de la palabra en esta ocasión. Por lo general, en nuestra fuerza política, en este tipo de eventos se apela a aque-

llas personas que conocieron al compañero homenajeado y que seguramente pueden contar anécdotas compartidas o alguna charla mano a mano, con reflexiones profundas que de alguna manera describan a quien estamos homenajeando. Este humilde orador no cuenta con esas virtudes.

La primera vez, y la única, que tuve la posibilidad de tener a Seregni en persona delante de mí fue en un pequeño local de la Coordinadora G del Frente Amplio, en Paso de la Arena, hace 23 años. Fui invitado a una charla en un momento muy crítico para el Frente Amplio y para la izquierda; además, participaron los compañeros Astorri y el diputado Varela. Esa charla, sin definirla, fue mi primer contacto con la vida orgánica del Frente Amplio, de la que nunca más me aparté. Mucho tiempo después recién pude entender, en sus contenidos, la discusión que allí se estaba dando. Desde ese momento no puedo dejar de recordar a aquella figura hablando con vos clara y firme, rebatiendo uno a uno los argumentos de un auditorio que no disimulaba sus discrepancias. Después de esa charla, lo veía siempre en los estrados o por la tele, pero nunca más tuve la oportunidad de escucharlo en una ida y vuelta.

Repito lo que dije al principio: vengo aquí a hablarles de un Seregni que para mí no fue cotidiano —no supe de su humor, de sus gustos musicales ni deportivos—, vengo aquí como militante frenteamplista a hablar de su obra. Sí tuve la suerte de recorrer el país de punta a punta, pueblo a pueblo, muchas veces acompañándolo a usted, señor presidente —usted podrá confirmar mis dichos—, y en cada rincón del país donde flamea la bandera de Otorugués nos encontramos con el general Líber Seregni. Su impronta está grabada a fuego en cada militante frenteamplista: la necesidad de la síntesis política permanente; la búsqueda del consenso como herramienta que afirme la unidad de acción, esa unidad que deja de ser una necesidad y con Seregni se convierte en un valor; y el diálogo, siempre el diálogo como diferencial. Estos elementos definieron al líder, al conductor, y hoy lo valoramos mucho a la distancia cuando sentimos que tanta falta nos hace.

Hoy, cuando comenzaba este homenaje, el señor senador Carámbula citaba una frase donde Seregni se autodefine —en el discurso que dio en el paraninfo de la Universidad de la República el 19 de marzo— como alguien que dice lo que piensa y hace lo que dice. Pero expresa más en esa frase: habla de la ética, de la responsabilidad y de la ética de las convicciones. Habla de su apego a la ética de la responsabilidad sobre el apego de la ética de las convicciones porque él representaba a muchos y cuando uno representa a muchos debe hablar por esos muchos y no por sus convicciones. Lo deja claramente expresado en ese discurso. Hoy, cuando la política y los políticos estamos permanentemente cuestionados y descalificados, cuando muchas veces lo personal se coloca por encima de lo colectivo, cuando los cargos se convierten en el fin y no en el medio, hoy hace falta leer a Seregni y reflexionar sobre su planteo.

Este hombre que por 25 años fue capaz de estar al frente de una coalición de partidos de izquierda, que van desde las corrientes marxistas a las cristianas, nos sentó a todos a la mesa y generó la síntesis necesaria para avanzar, siempre primando el consenso antes que la imposición de la fuerza coyuntural.

¡Qué honor, señor presidente, poder recordar en esta casa, en la Asamblea General, a este general del ejército artiguista, a este líder de la fuerza política que fue protagonista del final del siglo xx y que está convocada a continuar la tarea en este nuevo siglo! Seregni nunca fue presidente de la república, nunca ocupó una de estas bancas pero —¡qué contradicción!— fue uno de los que más arriesgó para que estas bancas se pudieran ocupar, para que fuera el voto popular el que democráticamente definiera a sus gobernantes. ¡Sí, señores! Aquí, sin lugar a dudas, estamos hablando de uno de los imprescindibles de los que nos hablaba Bertolt Brecht. No fue el único, pero —sin dudas— fue uno de los de la primera fila en la lucha constante por la democracia y la libertad.

Para terminar, señor presidente, permítame apartarme de aquella figura del general Seregni y de su obra, y les hable de un joven que en 1945 estaba en Puebla, en México, en el Observatorio Astrofísico Nacional de Tonantzintla, junto a su amigo mexicano Guillermo Haro, con quien hablaba mucho de asuntos vinculados con la física y reflexionaba sobre el problema del átomo, de la fusión y la fisión del átomo. El 6 de agosto de ese año se enteran de las consecuencias de la aplicación de la ciencia en la vida. En los hechos, la primera aplicación práctica de estos descubrimientos con respecto al átomo fue la horrenda hecatombe de Hiroshima y Nagasaki. El joven Líber y su amigo Guillermo se pasaron buena parte del día abrumados, explicando a periodistas de Puebla, en México, cuestiones relativas a la energía del átomo, y a la noche —cuenta el joven Líber— su amigo Guillermo le dice: «Sabes, tenemos que hacer algo además de explicar y denunciar». Por lo tanto, los dos, de común acuerdo definieron plantar un árbol, un jacarandá, que en México se le llama «iacarandá». Seregni contaba que los mexicanos les decían que debíamos llamarlo así porque es más dulce. Así fue como, para la recuperación de la vida, Líber y Guillermo plantaron un «iacarandá» en el pequeño jardín del observatorio. Hoy la senadora Payssé hablaba de la peregrinación laica de Seregni en el año 1985, cuando fue a México. Entre los homenajes que recibió, estuvo en el observatorio de Puebla, y en una ceremonia donde ya no estaba Guillermo Haro —que había fallecido, pero había sido director de ese observatorio, donde siempre puso especial atención en el cuidado de aquel árbol—, los hermanos mexicanos habían colocado un pequeño monumento al pie del «iacarandá», dos cuñas de madera que se meten en la tierra, con una especie de puente entre ellas y una placa que dice: «En recuerdo a Guillermo y a Líber, quienes plantaron este árbol en 1945 para recordarle a la humanidad que la vida está por encima de todas las cosas».

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR ASTI.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor legislador.

SEÑOR ASTI.- Señor presidente: en primer lugar, saludo a quienes han participado de este homenaje, al presidente de la república, a las autoridades diplomáticas, nacionales, departamentales, partidarias, familiares, amigos y compañeros.

En segundo lugar, agradezco a mis compañeros del Frente Amplio y de Asamblea Uruguay que me hayan permitido expresar estas palabras.

Para no repetir, no voy a hablar del general Seregni como militar o político, sino que lo recordaré como persona, como compañero, como amigo. ¡Si tendré anécdotas con él y la querida Lili para recordar!

Fue en 1988 cuando comencé a verlo caminar solo y a paso firme por la playa de La Floresta, donde solíamos veranear por aquel entonces. Era el mismo personaje que en mis años jóvenes había visto desde lejos, el 26 de marzo de 1971, invocar al padre Artigas en la explanada de la intendencia. En muchas oportunidades, en la campaña de ese año, en los dramáticos actos de 1972 y 1973 lo vi proponiendo «Cambios para la paz y paz para los cambios», y encabezando la multitudinaria y plural marcha del 9 de junio de 1973 contra el reciente golpe cívico-militar. Era la misma persona por cuya salud nos preocupábamos, durante diez años, en los tiempos de cautiverio, sin tener prácticamente noticias de él, pero sí se encargó de hacernos conocer su posición respecto del voto en blanco en las elecciones internas de los partidos políticos de 1982. Por supuesto que estuvimos el 19 de marzo de 1984 esperando su reencuentro con su familia y su pueblo en la esquina de Bulevar Artigas y Bulevar España, donde hoy se levantará su monumento. Desde ese balcón nos enseñó y marcó el camino de la reconstrucción del país en paz, recordándonos que éramos «obreros constructores de la patria del futuro».

Como ya dije, lo veía caminar por la playa, admirado de ver su prolijo y vertiginoso andar con sus 71 años de edad y una larga historia de lucha; sentía gran admiración por aquel ser, por la valentía y la impronta que le daba a su vida. Fue así que un día tomé coraje y decidí saludarlo con la ilusión de poder intercambiar un par de palabras, pensando que seguramente sería amable conmigo, pero que quedaría en un saludo y nada más. Sin embargo, ese día me sorprendió cuando al saludarlo, siendo yo simplemente un militante independiente de un comité de base, me dijo que siguiéramos la charla, pero caminando sin parar. A partir de ese día caminábamos juntos, ida y vuel-

ta, de punta a punta la playa de La Floresta. Esas caminatas quedaron grabadas a fuego en mi memoria y fueron el comienzo de una queridísima e inolvidable amistad que me permitió no solamente conocer al general, al político, sino fundamentalmente al compañero y al amigo. Después de esa confianza adquirida en aquellas jornadas en la playa supimos visitar su casa y conocer a Lili, a sus hijas y nietas.

Junto con nuestra familia y la del compañero Danilo Astori, compartimos cenas familiares y alguna de fin de año en mi casa de La Floresta. En ellas se charlaba, se comía, se tomaba, se jugaba a las cartas y se cantaba. Un año llegamos a organizar una murga con los vecinos de la cuadra que poco a poco fueron sumándose. Seregni era el centro de atención, pero él se sentía y actuaba como uno más de los presentes. Solíamos decir que en aquellas reuniones había surgido la fórmula presidencial del Frente Amplio de 1989: Seregni-Astori. Año a año, las reuniones fueron siendo cada vez más numerosas y se concentraron a fines de enero. Tan así fue que ya no pudieron realizarse en una casa de familia y las seguimos haciendo en clubes de la zona, independientemente de las reuniones más íntimas que sí seguimos haciendo en casa con Seregni, Danilo y la juventud de Asamblea Uruguay. El general se pasaba largo rato jugando al truco y conversando con los jóvenes, que lo oían maravillados.

Lo visitábamos asiduamente en las casas que alquilaba en la temporada, primero en La Floresta y, luego, en Costa Azul, donde finalmente pareció encontrar su lugar en el mundo. Comenzó a alquilar todos los veranos aquella casa frente a la plaza en la que hoy se le rinde homenaje. En aquellas visitas compartimos momentos imborrables con él y con Lili, y no faltaron las largas charlas en las que intercambiábamos ideas y conversábamos de actualidad política y social.

En 1994, con su guiño cómplice, se funda Asamblea Uruguay, liderada por otro independiente muy cercano a él, que trataba de seguir sus enseñanzas de renovación en unidad.

Luego de la desgarradora experiencia que vivimos el 5 de febrero de 1996 en los festejos de los 25 años del Frente Amplio, cuando Seregni renuncia a la presidencia para «decir lo que se piensa y hacer lo que se dice», como siempre manifestó, lo seguí viendo en la sede del Centro de Estudios Estratégicos 1815 y en su apartamento de 18 de Julio, donde continuamos con nuestras charlas y recibí sus consejos acerca de decisiones políticas y personales a las que me enfrentaba en ese momento.

Por supuesto, estuve presente en sus últimas grandes intervenciones públicas, como la del Congreso del Frente Amplio de 2003, donde se despidió de la vida política activa, y su discurso final en el paraninfo de la Universidad de la República, en el homenaje que le realizó la Generación

del 83, en el que recordó el paradigma y el dilema de la ética de las convicciones y la ética de la responsabilidad.

La amistad con el general duró hasta sus últimos días, cuando lo visité en su apartamento a fines de julio de 2004. Allí hablamos del seguro próximo triunfo del Frente Amplio y su llegada al Gobierno. Incluso, en esa oportunidad me preguntó, como amigo, cómo me veía en ese futuro Gobierno. Lamentablemente, por esas cosas del destino, Seregni se nos va poco antes de ese triunfo del Frente Amplio, pero a pesar de no haber podido verlo, murió creyendo que ese triunfo ya venía. Lili decía que Seregni toda la vida, desde el primer día de 1971, luchó pensando que algún día el Frente Amplio iba a ser gobierno. Incluso, desde la cárcel decía: «Al final del camino una luz puntual nos espera». Había renovado y preparado al Frente Amplio para llegar al Gobierno y terminó atando el paquete de la política y la economía con Tabaré y Danilo en ese julio de 2004.

Cuando nos dejó físicamente, esa entrañable amistad se prolongó con su compañera de vida, una mujer admirable como lo era Lili.

Una de mis primeras actividades como parlamentario, fue devolver a los jóvenes de Asamblea Uruguay, junto con quien en aquel entonces era mi compañero de despacho y diputado suplente, Carlos Varela Ubal –hoy alcalde del Municipio B–, una bandera que estos, encabezados por Carlos, le habían entregado a Seregni el día del acto final de la campaña de Asamblea Uruguay de 1994, que luego su familia me había entregado para que la guardara; y que diez años después volvió a quienes la habían confeccionado.

Seregni no siempre fue comprendido y apoyado. Intentó ser unificador y conciliador dentro de nuestra fuerza política. Sus enseñanzas, su inquebrantable voluntad para obtener los consensos, su práctica de la unidad en la diversidad y sin exclusiones, transformaron al Frente Amplio en una alternativa real de gobierno.

Creemos que hablar de Seregni es hablar de un político por excelencia y de un ser humano, esposo, padre y abuelo ejemplar. Como diría Caetano, era un artiguista del siglo xx por tantas enseñanzas y aportes en la historia de nuestro querido Frente Amplio. Sin lugar a dudas, «Seregni fue un cultor de la unidad frenteamplista, con vocación de búsqueda de acuerdos y consensos, fue un gran autocrítico». Como lo definió Astori en un reciente homenaje que le hizo Asamblea Uruguay.

Quienes, como quien habla, mantenemos intacto el recuerdo de su liderazgo político, pero además el afecto por el conocimiento personal y familiar, tratamos de seguir sus enseñanzas, sus consejos, su estrategia día a día. Recordarlo a los cien años de su nacimiento, es un nuevo punto de apoyo para seguir avanzando en esa lucha que continúa.

Para culminar, me permito leer una parte de una carta que le enviara a Lili desde su encierro, palabras que para mí describen su fuerza, su lucha, su vida y, ¿por qué no?, también la del Frente Amplio. Dice así: «[...] pero a medida que me puse a pintarlo, el ombú se reveló como algo muy particular. Cada pincelada que daba, tratando de modelar su forma, es como si hubiera podido palpar con mis manos el viejo tronco, recorrer sus arrugas, intimar con él, conocer su historia. Es un viejo ombú; viejo, sabio y filósofo. Su larga vida está expresada en sus rugosidades, en sus cicatrices, que hablan de su lucha vital en los tres siglos que tiene de existencia. Sufrió el rayo y el temporal, que quebraron sus ramas y dejaron esas señales que muestra en su cuerpo. Pero después de cada herida, siempre supo reponerse y echar brotes nuevos como ahora. Mírame –dijo– he soportado mil tempestades: me han tronchado ramas, estoy lleno de cicatrices, pero tengo brotes nuevos y –por sobre todas las cosas– vivo y sigo siendo árbol, sigo siendo ombú».

General, querido amigo, querido compañero: seguirás viviendo en cada uno de nosotros, en los que tuvimos la gran suerte de que nuestros caminos se cruzaran, y en aquellos que te conocerán, porque nuestros hijos y la historia nunca te olvidarán. Allí donde estés, envíale un saludo a Lili, un gran abrazo. ¡Hasta siempre, general del pueblo!

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR MICHELINI.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Para cerrar este homenaje, tiene la palabra el señor legislador Michelini.

SEÑOR MICHELINI.- Señor presidente: lo que tienen los homenajes en la Asamblea General es que, a medida que pasan los oradores, los últimos quedan en una situación intimista. Es en ese ambiente que voy a dar dos o tres pinceladas de las miles de anécdotas que tengo.

Seguramente, luego haremos llegar al presidente una lista de los lugares a los que queremos que llegue este homenaje, que no comprende solamente a su familia y a la fuerza política que integro, el Frente Amplio, sino también a diversas instituciones, para que sirva de recuerdo y, por qué no, de estudio para otras generaciones.

Repito: tengo miles de anécdotas para contar, pero me voy a referir a una y luego me voy a concentrar en tres aspectos conceptuales del general Seregni. La anécdota es para dar calor humano y lo conceptual es porque me parece que el general Seregni es una figura que le dio una impronta al país y todavía no advertimos la real dimensión del legado que nos dejó.

A fines de los años sesenta, mi padre nos llevaba a pasear a mi hermano Felipe y a mí e, inevitablemente, los sábados de mañana terminábamos en la Región Militar

n.º 1. Seguramente, después de un rato de paseo a nuestro padre le volvía a brotar el bicho político y entraba en la Región Militar n.º 1 –me quedaba con mi hermano Felipe jugando en el auto– para conversar con el general Líber Seregni. Quizás ahí, señor presidente, surgieron los sueños de crear una gran fuerza progresista. Siempre lo veo saludándolo; veo a mi padre recorrer esos treinta o cuarenta metros después de abrazarse al general Seregni, a quien siempre recuerdo con uniforme de fajina. Menciono este recuerdo porque ahí había más hombres, había toda una generación que no solo constituyó el Frente Amplio, sino que también tenía una impronta, una obsesión por algunos conceptos que, a mi entender, el general Seregni encarnaba: la paz, la democracia y la responsabilidad. Quiero centrarme en eso porque no quiero que mi exposición sea autorreferencial –aunque sea de mucho valor–, limitada a señalar en qué circunstancias conocí a una personalidad de esta magnitud, sino que quiero hablar de los legados que el general Seregni nos dejó. Uno de ellos es la paz.

En esta sala se ha dicho en forma reiterada lo que el general Seregni expresaba en cada una de las circunstancias al hablar del Frente Amplio como fuerza pacífica y pacificadora. «Paz para los cambios; cambios para la paz», dijo en muchas oportunidades. No solo se lo decía al Gobierno de Pacheco Areco y luego al de Bordaberry, sino que lo decía consustanciado con el momento que se vivía en el Uruguay.

A veces creo que tenemos una imagen muy idílica de lo que era nuestro país, como si los momentos de paz que vivimos hoy fueran los de aquellos tiempos. Era una sociedad muy violenta, ¡muy violenta! A principios de los años sesenta –no me animo a decir al final–, en el interior del país, los trabajadores que hacían huelga terminaban estaqueados. Eso se vivía como algo común, normal, que existía, por no decir que la mayoría de los integrantes de la Asamblea General de aquel entonces –a diferencia de la que constituimos hoy–, en general, estaban armados. Era una sociedad violenta, señor presidente.

Cuando el general Seregni lleva la voz de paz, no solo lo hace en función de los enfrentamientos políticos que se estaban viviendo y de sus principios, sino porque él y su generación eran conscientes de lo que se venía. También era un mensaje para las nuevas generaciones, para esos jóvenes de 16, 17, 18, 19, 20 años que se llevaban el mundo por delante y no valoraban en su plenitud la democracia formal, mientras la generación mayor sentía el desgarror por el hecho de que muchos de ellos iban a quedar por el camino. Conocían el horror de la guerra y lo que se venía, y trataron de predicarlo de todas las formas posibles. Hoy, que vivimos en una sociedad en la que los problemas de violencia que tenemos están vinculados al deporte, uno de los legados que nos dejó Seregni es, justamente, esa sociedad en convivencia, donde el valor de la paz es supremo. Por supuesto que no fue el único gestor, pero cuando un día se hable del clic de la sociedad uruguaya, del momento

en que los adversarios políticos no temieron por su vida, y se mencionen los años setenta, ochenta y noventa, Seregni va a estar en los primeros lugares como forjador de esa paz y de esa convivencia.

En segundo lugar, quiero mencionar su concepción de la democracia. Él, que tenía un gran amor por su ejército, por su uniforme, por el ejército de Artigas –sentía en ese ejército y en esa disciplina su profesión–, era un obsesivo en el sentido de que las Fuerzas Armadas cumplieran con la Constitución y con la ley, lo que no estaba tan claro en los años cuarenta ni en los cincuenta. Cuando el pueblo uruguayo se pronunció dándole el triunfo al Partido Nacional en momentos en los que no estaba claro que el Ejército, de larga tradición colorada, fuera a respetar la Constitución y la ley, ahí estaba el entonces coronel, en ese afán y obsesión democrática por que las Fuerzas Armadas no se apartaran de su mandato constitucional. ¡Ojalá hubiera tenido la fuerza para que nunca se hubieran apartado de su mandato constitucional y del respeto a la Constitución y a la ley! Imagino lo que significaba para él –no solo cuando estuvo preso, sino también cuando estuvo en libertad pero en dictadura– que las Fuerzas Armadas se hubieran apartado de la Constitución y de la ley para instaurar en nuestro Uruguay una dictadura. ¡Él, más que nadie, lo sufría! ¡Él, más que nadie, lo sentía!

En el año 1984, meses después de haber quedado libre, pero estando aún preso, Wilson Ferreira Aldunate tuvo que optar por cortar esa alianza –que estaba en la calle, que no estaba escrita– entre el Frente Amplio y el Partido Nacional porque sentía que si ese año no se recuperaba la democracia, quizás no se la podría recuperar o el precio a pagar en el futuro no fuera por medio de la paz. Él, más que nadie, sufrió el corte de esa alianza –no escrita, reitero– con el Partido Nacional; sabía que Wilson Ferreira Aldunate no era un preso más, pero también tenía conciencia de que era un negociador menos, y tuvo que tomar esa decisión, en el acierto o en el error. Ese profundo sentimiento democrático y de paz que tenía, lo hizo optar por acompañar una salida absolutamente imperfecta, pero que hizo posible la recuperación de la democracia por una vía pacífica, logrando la liberación de miles de presos políticos, entre ellos, mi hermana. ¿Hizo bien? ¿Hizo mal? Cada uno de esos presos le pesaba al general Seregni, porque también estuvo años preso. Le pesaba ese sentido democrático. Por supuesto, también sentía el desgarró de no entendernos con una fuerza que también había estado a la cabeza de la lucha contra la Dictadura, como era el Partido Nacional.

El tercer concepto al que quiero referirme es el de la responsabilidad. Todos han mencionado lo que él repetía permanentemente: «Decir lo que se piensa y hacer lo que se dice», aludiendo a la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Esta idea, en mi opinión, lo hace un estadista.

Seregni tenía un concepto muy fuerte del día después, en el sentido de que los actos de quienes hacemos política y tenemos la responsabilidad de ejercer los liderazgos, tienen consecuencias que debemos medir. Ese sentido también lo llevó a acordar la salida –imperfecta, reitero– realizada en 1984. Había que actuar pensando en el día después, porque nadie podía asegurar que otra salida de la Dictadura sería pacífica o si nos llevaría algunos años más. En el acierto o en el error, eso era lo que sentía.

Antes de que soltaran a los presos políticos, algunos de ellos fallecieron en la cárcel por falta de asistencia médica o por una asistencia inadecuada o tardía. Eso lo preocupaba y desvelaba.

Pensar en el día después convierte a Seregni en un estadista, en alguien que construye un futuro a través de sus actos y de la responsabilidad que ellos acarrearán.

Habrà que estudiar su pensamiento, su accionar, su trayectoria, señor presidente, pero Seregni es uno de los que nos deja legados. ¡No fue una figura decorativa! ¡No fue únicamente un líder de masas! Nos deja una estructura de pensamiento, de acción, y es bueno que cada tanto la recordemos y volvamos a ella.

Sigo con las anécdotas, señor presidente, y con esto termino.

Quiero compartir una de las tantas veces que fuimos a ver al general Seregni. Era mi padre el que nos llevaba; creo que le decía a mi madre que salíamos a pasear, pero en realidad salía a hacer política, ¡seguía haciendo política! Recuerdo que nos compraba unas figuritas y nos dejaba en el asiento trasero para que las pegáramos, mientras él seguía haciendo política. En una de esas tantas veces –si los recuerdos no me fallan– salimos de la Región Militar n.º 1 con una bala de cañón –desactivada, por supuesto; ¡bueno fuera que estuviera activada!–, creo que de 80 centímetros de largo: la mitad era el cartucho y la otra mitad conformaba la munición misma. Se trataba de 40 centímetros de munición que nos costaba levantar. Era un regalo para mi hermano Felipe, un juguete que terminaba en una punta con la que uno podía sacarse un ojo –no sé cómo mi madre nos dejó jugar con ese artefacto, pero creo que ya una vez conté que lo hacíamos– y que muchas veces se caía porque, naturalmente, el cartucho era más ligero que la munición de arriba, y mi madre protestaba. La bala, que después se convirtió en un juguete de niños y luego terminó siendo un elemento decorativo, siempre me llamó la atención. Muchas veces dije que el día que las armas, las balas y las municiones se conviertan en elementos decorativos, el general Seregni habrá triunfado. En este mundo en el que se plantea la discriminación, en el que los Trump proponen levantar muros y nos llaman al enfrentamiento, a la confrontación, al conflicto y a la guerra –todavía nos queda mucho por caminar y transitar, señor presi-

dente—, el día en que las balas y las armas terminen siendo elementos decorativos, el general Seregni, el militar, el hombre preparado para la guerra, el estadista, habrá triunfado.

Muchas gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- La Presidencia remitirá la versión taquigráfica de las palabras vertidas en esta sesión a la familia del general Seregni y a la fuerza política Frente Amplio.

5) LEVANTAMIENTO DE LA SESIÓN

SEÑOR PRESIDENTE.- Se levanta la sesión.

(Son las 14:00).

RAÚL SENDIC

Presidente

Virginia Ortiz
Secretaria

José Pedro Montero
Secretario

Adriana Carissimi Canzani
Directora general del Cuerpo de Taquígrafos

Corrección y control
División Diario de Sesiones del Senado

Diseño e impresión
División Imprenta del Senado